

Y AUN ASÍ LUCHAN

Libro 1: Yin

LIRIO

PRÓLOGO

El cielo está en calma. El sol brilla. La tierra se recalienta. Los bosques crecen, algunos árboles caen, el crujido se siente. El agua corroe, empuja, corre, y en ella los peces, su mundo está limitado por el cauce de este. Una garra trata de alcanzarles con deseo hambriento. Las rocas ceden después de miles de años ante su erosión, lenta pero inevitable. Las olas empujan violentamente. Las tormentas acechan, los truenos desgarran el aire, los rayos caen sobre la pradera. El viento se vuelve feroz. El aire golpea, destroza. Al día siguiente, el sol desprende calor, que es un tipo de energía. La energía siempre está convirtiéndose en algo más. La energía siempre estuvo desde el comienzo del universo. No se crea, ni se destruye, solo se transforma. El clima se altera. La brisa es suave, cálida, acogedora. La pradera no recuerda la tormenta de ayer. Las hormigas trabajan, construyen, progresan. Sin descanso, los castores construyen su represa, forman lagos. Las aves se tiran en picada buscando alimento en el agua. Los nidos se construyen y se destruyen. Los caparazones son destruidos por quienes habitan adentro, en un desesperado intento por respirar. Los lobos acechan, la presa huye, ellos ladran, muerden, desgarran. Los cadáveres se disuelven en la tierra, lentamente, dándole vida y alimento a miles de seres, se vuelven uno con la naturaleza, nada se desperdicia. Las plantas, las flores, los árboles, absorbiendo el alimento de la tierra.

El anciano de barba blanca y piel caoba observaba todo esto, en constante transición entre ser observador y ser protagonista.

Hay violencia, calma, y un fluir en la naturaleza. En todos sus seres e incluso en sus no-seres, pensó para sí mismo.

Observa al cielo. Divisa una figura blanca, deslizándose por él. Sus alas y su cola de color azul.

El anciano casi puede escuchar su sonido. Se ríe ante el paralelismo. *¿Avión, o ave?*

Comienza a caminar, dejando que sus pies sientan cada parte de la tierra, sintiendo el tacto del sol sobre su cuerpo y dejando que el aire atraviese su amplia vestimenta. Mira más allá del camino naturalmente formado por el bosque, allí donde los árboles se separan, y ve un zorro que corretea.

En el universo donde vive el zorro, ser zorro es ser perseguido. Hay cazadores. Insultan al zorro, rechazan al zorro. El zorro atraviesa desafíos que, de no ser quién es, no le hubiese tocado superar.

Están los cazadores y su manera de pensar, actuar, y sus razones de por qué buscan acabar con el zorro.

Hay quienes podrían sentirse como el zorro, llegando a sentir los insultos y las pruebas en carne propia, incluso podrían llegar a sentirse como los cazadores, piensa el anciano. Pero el zorro aprenderá el significado de luchar, de hacerse fuerte, de empoderarse, de saber que no es menos, de saber que está bien ser un zorro, y los cazadores bajarán sus armas, viendo en él ya no un enemigo.

El anciano mira tras él, directo a la nada, como si sintiera una presencia que lo vigilara. *Con suerte, mi alumno también.*

Parte 1



Cielo

CAPÍTULO 1

Empezar de vuelta, con otra mirada

La noche estaba nublada. Las nubes por encima de la ciudad tenían un color amarronado debido a las luces amarillas que iluminaban las calles. Pero en la villa la oscuridad era más invasiva. El viento hacía un leve silbido al pasar por entre las chapas de los techos, los ladrillos huecos, y las vigas descubiertas.

La villa estaba delimitada por una pared de concreto donde, por encima, corría una peatonal. Por aquella peatonal un hombre volvía a su casa, cuando se asomó por la baranda para tratar de discernir en qué dirección provenía el grito de ayuda que acababa de escuchar.

Justo abajo, con la pared de concreto que delimitaba la villa a su derecha y las casas mal iluminadas a su izquierda, huía una chica. La seguían por la callejuela cinco figuras más.

El hombre, que miraba desde arriba, inició entonces, su apresurado descenso, con el objetivo de ayudar a quien corría.

—¡Vení, puta de mierda! —gritó uno de los cinco.

De imprevisto, una botella de vidrio impactó contra la cabeza de la chica. Ella cayó, aturdida por el dolor y el miedo.

—¡No, por favor, no! —rogó desesperada. Los hombres se acercaron a ella, uno de ellos con una barra de hierro en la mano.

—Así que la gorda putita de Dilan anda solita por acá, ¿eh? —dijo uno de los hombres.

—Ya está, no te resistas, va a ser peor. Mirá, tenés a cinco hombres para vos esta noche, callate y disfrutá —dijo otro. La chica, aún aturdida, forcejeaba entre asustada y desesperada.

Uno de los hombres sacó una cadena, con la que ató las muñecas de la chica a un poste de luz cercano. Otros dos hombres le abrieron las piernas, mientras un cuarto le tapaba la cara llena de lágrimas, haciendo presión sobre la boca para que no gritase más. El último de ellos se bajó el cierre del pantalón.

De repente se oyó una orden.

—¡Ustedes, aléjense de ella!

Los hombres se voltearon. La figura que anteriormente miraba la cruel escena desde arriba, estaba ahora frente al grupo de hombres. La oscuridad lo envolvía, pero era evidente que se aproximaba con prisa.

Ellos se incorporaron.

—Ni pensés que zafás —le susurró al oído a la chica el que tenía la mano en su boca, luego se unió al grupo para enfrentarse al desconocido.

Cuando la luz impactó en el hombre que los desafiaba, el que tenía el pantalón abajo casi rio. Frente a ellos estaba un hombre blanco de mediana estatura, de remera mangas largas, pantalones lisos oscuros, un bolso colgando de un hombro y piel muy arrugada. Un anciano.

—¿Qué llevás en el bolso? —lo interrogaron.

—Vení y fijate si querés, pero dejá a la chica en paz —dijo nuevamente el anciano. Uno de los hombres notó que su voz mostró un titubeo. Miedo.

—Mirá, acá no das órdenes. Hagamos una cosa. Vos nos das el bolso, pegás media vuelta y te vas. Acá no tenés nada que ver.

Los hombres ahora rodeaban al anciano. Pero él no apartaba la vista del que hablaba, aquel que tenía una barra de hierro en la mano.

—No me voy a ir. Ustedes van soltar a la chica y van a dejar que nos vayamos tranquilos.

—Listo —dijo el de la barra de hierro.

Los hombres tomaron al anciano, mientras uno le quitaba el bolso. Aquel se dio media vuelta y abrió el bolso en busca de plata, detrás de él empezaron a escucharse gemidos de dolor. Vio de reojo a la chica, que miraba la escena con terror.

—Ya estoy con vos —le dijo.

Mientras caminaba revisaba el bolso, pero solo encontraba ropa. Pantalones negros de gabardina, una chaqueta blanca con unas letras chinas. Con mirada confundida extrajo un cinturón negro de seda.

Un grito de dolor se escuchó detrás, proveniente de uno de sus compañeros. El hombre, aún sosteniendo las cosas y el arma, se dio vuelta.

El anciano estaba ileso, pero los atacantes abatidos en el suelo. Uno de ellos tenía el brazo torcido de una manera antinatural.

Entonces el bolso y el cinturón cayeron al piso. El hombre elevó la barra por encima de su cabeza y comenzó a proyectar un golpe hacia la cabeza del anciano. La barra de hierro descendió precipitadamente y con furia, pero solo encontró aire. El anciano se desplazó a un lado para, con fuerza y rapidez, golpear en secuencia el estómago, las costillas, el cuello y la cara de su atacante. Luego lanzó una patada hacia su rodilla, con tal fuerza que esta terminó por ceder.

Mientras el atacante caía gritando al piso, el anciano tomó la muñeca que sujetaba la barra de hierro, y la torció lo suficiente como para que soltara el arma. Finalmente la tomó, golpeó la cabeza del hombre y la lanzó lejos, hacia la penumbra.

Una vez abatidos los atacantes, el anciano se dirigió hacia la chica y se inclinó a su lado.

—Tranquila, te voy a soltar las manos. Cuando te las suelte, si querés correr, no te voy a detener. Pero preferiría que me dejes acompañarte a un hospital donde te puedan ver la herida en la cabeza.

Las cadenas cayeron, la chica se abrazó a sí misma, buscando sentir que sus manos, nuevamente, le pertenecían. Que el control de su cuerpo había regresado. Pero no pudo, la angustia seguía firme en su ser.

El anciano se incorporó y le ofreció su mano desde una distancia prudente.

—Me llamo Teo —dijo, pero ella solo lo miró.

Sus ojos celestes intensos y la mezcla de pelo corto gris con oscuro parecían asustarla. Intentó levantarse, pero algo se lo impedía. Finalmente aceptó su mano, y se levantó.

No se atrevía a mirarlo a la cara. Teo no sabía si sus lágrimas distorsionaban la visión de la chica, o si la mostraba tal cual era.

—Quiero irme a casa —dijo finalmente la chica.

—¿Querés irte sola?

Ella asintió.

—No voy a incomodarte. Si querés irte sola, no te voy a detener. ¿Pero podés hacerlo?

—Sí, puedo.

De repente se quedó mirando a los hombres tirados en el piso. Los conocía a todos ellos, y ahora estaban inmóviles, llorando, suplicando.

Teo se acercó a su bolso, de uno de los bolsillos rescató una tarjeta y se la dio a la chica.

—Este es mi número de teléfono, por si llegás a denunciar, y si no querés, al menos

sabes dónde encontrarme. Espero que llegues bien a tu casa.

Teo sabía muy bien lo que ocurría en esa villa. Era un mundo paralelo, con sus propias reglas. Desconocía el impacto que podía tener en la vida de esta chica si la llevaba con la policía, también si era un riesgo acompañarla a su casa contra su voluntad. Era entendible que no deseara compañía.

La habré defendido contra ellos, pero, es posible que ahora mismo, ella tenga miedo de mí, pensó él.

La chica tomó la tarjeta.

—Gracias, y no se preocupe, los amigos de mi novio viven acá cerca —dijo, antes de irse caminando rápidamente y desaparecer al doblar una esquina.

Teo se colgó el bolso al hombro y consideró llamar a la policía, pero uno de los hombres tirados en el piso, comenzó a farfullar.

—¡Vos, viejo de mierda! ¿Quién sos? Decime, así te mato a vos, a tus nietos y me cojo a tus nietas. Te voy a arruinar la vida, viejo de mierda.

Teo era consciente de que la policía, ahí, no podría hacer nada. Sabía que una ambulancia no se acercaría a la villa. Ellos estaban, después de todo, en tierra de nadie. De repente empezó a sentirse muy mal. Una sensación horrible en su garganta comenzó a surgir.

—Lo siento, pero tenía que hacerlo —y se apartó.

Se pasó el camino a casa mirando sus manos. Sus nudillos tenían un poco de sangre. Los lavó unas veinte veces durante una noche en la que no pudo dormir, pensando en la estupidez que decía la tarjeta que le había dado a esa chica.

Ella, al llegar a casa, se metió en la ducha y simplemente se quedó ahí, mientras su madre, al otro lado de la puerta del baño, le preguntaba llorando qué le pasaba.

La tarjeta que le había dado Teo yacía en el piso. En ella decía: “Aprenda relajación, compostura, fuerza interna. ¡Centro Wu Shu! Disciplinas tradicionales, avaladas internacionalmente por el templo Shaolin. Su consulta no molesta”, seguido de los números de los maestros Catriel Almeida y Teo Ishida.

2 meses después

La ciudad de Azurduy, ubicada en la provincia de Buenos Aires, a orillas del río Paraná, ubicada entre Campana y Belén de Escobar, tenía una particularidad: no era ni ciudad ni pueblo. O más, bien, no se sabía con certeza si estaba transitando de uno a otro.

En algunas zonas los vecinos se conocían muy bien, en otras las calles no eran muy transitadas pero, luego, cerca de la zona comercial próxima a la autopista que se adentraba hacia el caos de la capital, el tráfico cobraba un ritmo frenético y en los espacios verdes paseaba una gran cantidad de gente.

Había muchos edificios altos y villas en donde el terreno era más bajo. Una buena parte de sus habitantes era gente mayor que se aferraba a las viejas costumbres, pero también había mucha gente joven que desafiaba todo orden establecido. En ese espectro Teo tenía ubicada su propia escuela de artes marciales, que abría a las nueve de la mañana y cerraba a las diez de la noche. Se trataba de un establecimiento relativamente pequeño, abierto hacía poco y del cual solo él se ocupaba.

Siempre llegaba un poco más temprano para encargarse de la limpieza, algo que le

llevaba su tiempo, y luego practicaba los movimientos que su cuerpo había aprendido con los años.

La primera clase del día, la de las 9:00, era Marcial. Ese día tenía dos alumnos nuevos; a uno ya lo conocía de antes, de cuando trabajaba en otra escuela. Ambos entraron por el recibidor, ya cambiados con ropa de gimnasia, y luego se ubicaron sobre el gran rectángulo de goma azul que se encontraba en medio del salón.

—Formación —dijo Teo con voz firme dando por comenzada la clase. Los alumnos se formaron en una fila, uno junto al otro, frente al maestro—. Saludamos.

El maestro cerró la mano derecha en un puño, luego lo envolvió con la izquierda. Sus alumnos lo imitaron.

—Disculpe, ¿qué significa el saludo? —preguntó uno de los alumnos. La voz quebrada del adolescente hizo eco en el recinto. Teo sonrió.

—Te lo diré mientras hacemos la entrada en calor.

Desde el lugar comenzaron a mover las piernas y los brazos, moviendo los hombros de arriba abajo, en forma circular, y levantando las rodillas.

—El saludo, dentro de las artes marciales, además de ser una señal de respeto y reconocimiento hacia los otros, es un protocolo necesario para dar a entender que la clase comienza. Pero funciona distinto en otras artes marciales. Otros estilos usan el saludo y gestos como "marcas de origen" de sus sistemas. En la antigua China, cubrir el puño significaba paz y buenaventura. Los guerreros y soldados chinos llevaban sus armas en la mano derecha, por consiguiente, los militares y artistas marciales saludaban con la palma izquierda cubriendo el puño derecho. En otros sistemas también se hace un saludo en chino, pero ya habrá tiempo para eso.

La entrada en calor terminó. La respiración de los alumnos estaba alterada.

—Deben saber también, que en Occidente las artes marciales no pueden enseñarse de la misma forma que en Oriente. Nuestra cultura, de por sí, no tiene un enfoque en la salud y en lo interno. Por eso, debemos ir de afuera hacia adentro. Sepárense por el tatami.

—¿El tatami? —preguntó otro de los alumnos.

—Le decimos tatami al lugar de entrenamiento, es la colchoneta que estás pisando ahora mismo. Ubícate en donde te sientas más cómodo.

”Imaginen que están en el centro de un círculo. Ese círculo será su espacio de trabajo. Vamos a arrancar con aprender a pararnos, para luego saber cómo movernos. Coloquen los brazos en guardia. Una mano protege la cara, la otra el estómago. Imaginen que viene un golpe hacia ustedes, y muévase del lugar sin perder la firmeza en el suelo. Prefiero que se vayan de aquí primero aprendiendo cómo defenderse, cómo escapar, cómo desviar un ataque que se dirige hacia ustedes, antes que aprender a respirar, a equilibrarse, o a mover su *chi*. Vivimos en una sociedad agitada, llena de conflictos y llena de miedos. Acá no van a aprender a comenzar conflictos, acá van a aprender a terminarlos. Aprenderán seguridad, aprenderán confianza. Aquí no importa el tamaño, la edad, el peso, el género, solo qué es lo que pueden hacer, y qué tan dispuestos están a llevar más allá sus capacidades. Aprenderán a adaptar su cuerpo. A controlarlo. Eso es el arte marcial.

Las horas pasaron, y la clase terminó. El maestro da un saludo final, como lo había hecho al principio. Habían practicado cómo moverse dentro de su propia área, y cómo defender ataques directos. Las clases eran intensivas, pero a cambio lograba que los alumnos aprendieran.

Los dos nuevos se habían ido, y solo quedaba uno, sentado en uno de los sillones cerca de la entrada.

—Hola, maestro.

—Hola, Sergio, podés llamarme Teo si querés.

—Lo sé.

Teo se sentó detrás del escritorio, poniendo una pava eléctrica a calentar. Se puso a preparar el mate. Sabía que Sergio se quedaría un buen rato para interrogarlo.

—Tenés preguntas supongo —dijo Teo.

—Sí, pero no sobre la clase.

El joven cruzó las piernas, su piel oscura brillaba con el sol que entraba por la ventana. El pelo marrón alborotado caía hacia un costado, tapando levemente sus ojos con un tinte medio amarillento, y su barba era de unos pocos días. Su sonrisa escondía cierta picardía, como si estuviera cometiendo una travesura, y, en cierto modo, lo hacía.

—¿Tu otro maestro sabe que estás acá? —preguntó Teo. Sus ojos celestes parecían grises ante la luz tan clara de las once de la mañana.

—Sí, sabe. Catriel no es ningún boludo. Sabe que siempre me gustaron tus clases, obviamente cuando abrieras tu nueva escuela iba a seguirte.

—Lo aprecio.

El primer mate estuvo a punto de quemarle el paladar a Teo.

—Lo que no sé es porqué te quisiste abrir una nueva escuela en primer lugar.

Siempre tan directo, pensó Teo mientras cebaba.

—Cuidado, está caliente. Quiero aclarar que Catriel y yo tenemos una historia personal que se remonta a años atrás. Nos conocemos muchísimo y esto, seguro, no fue una sorpresa para él. Sabe que tenemos un recorrido distinto dentro de las artes marciales. Él es más tradicional, yo no. Tampoco lo critico. Quien quiera entrenar con él puede hacerlo, creo que la gente tiene la libertad de elegir.

—Igual te admito que me pareció rarísima la primera clase con estos chicos que empezaron. Estoy acostumbrado a la estructura de antes. Casi me quedé con ganas de hacer tui shouⁱⁱ.

—No abandoné el contenido, simplemente lo cambié de orden. Y de alguna forma, aún estoy experimentando.

—Una de las cosas que siempre me gustaron de vos como maestro es que siempre respondés preguntas. Catriel es de esos que dicen: “Ya sabrás más adelante, ya todo tendrá sentido”.

—¿Es esa una muestra de impaciencia? —preguntó Teo sin mirar a Sergio, mientras le pasaba otro mate.

—No soy impaciente —respondió rápidamente el chico—. Si lo fuera, no podría entrenar por tanto tiempo.

—Ah sí... ¿cuánto tiempo ha pasado ya?

—Dos años. Ya iba a ser instructor. Pero, honestamente, Catriel es demasiado exigente. No soportaría tanto. En cambio Sol es más... tolerante, en ese sentido. A ella le faltan pocas clases para recibirse.

—Claro, claro, la recuerdo. Ha estado con nosotros, o más bien, con Catriel, desde que empezamos hace cinco años acá en Azurduy. ¿La has visto?

—La veo regularmente, es la novia de mi hermana.

Teo acomodó la yerba.

—Veo que es algo de familia, también tenías un novio tiempo atrás ¿no?

—A veces a esta ciudad le queda muy bien eso de «Pueblo chico, infierno grande».

—Los maestros solemos estar al tanto de nuestros alumnos. Pero sí. También me

llegó el rumor de tu pequeña pelea.

Sergio succionó a través de la bombilla, aun cuando ya no había agua en él. Como haciendo tiempo para pensar su respuesta.

—Nada, unos chabones que no se bancaron que estuviera chapando con un pibe en el boliche. Dos de ellos creyeron que podían meterse conmigo.

—Lamento que tuvieras que sufrir tales juicios, pero me alegra que puedas defenderte. Lo distinto siempre genera conflicto en una sociedad dormida por la costumbre.

—Siempre me gustaron los malabares que hacés con las palabras también, sos como el estereotipo de maestro. Excepto por el mate, claro, que lavaste desde el primer chorro. Ya no quiero, gracias.

Sergio se levantó apresuradamente, la energía de su juventud lo delataba. Se acercó al maestro para saludarlo con un firme apretón de manos.

—Que tengas un buen día, Sergio.

—Chau máster, nos vemos el... hoy es lunes, ¿no? El miércoles entonces —dijo él con una sonrisa.

Teo se quedó tomando un par de mates en soledad. Le gustaba la yerba lavada.

—¿Hola? —preguntó un joven, mirando a todos lados al entrar; parecía perdido.

Teo se acercó y lo saludó con un apretón de manos.

—Buen día.

—¿Usted enseña? —preguntó el joven. Tenía una gran estatura comparada con la de Teo, pero era más flaco. Usaba un jogging y una remera tan negra como el color de su pelo.

—Así es. Yo soy el maestro Teo, ¿venía a preguntar horarios?

—Sí, ¿acá se enseña a...? digo... ¿cómo sería el tema?

El joven miró alrededor cauteloso, como hurgando cada rincón con la vista. Teo notó que tenía las manos lastimadas.

—Aquí se enseña arte marcial, pero más que nada en niveles básicos, para gente que recién entra, se enseña dominio corporal y defensa personal básica.

—¿Y si quisiera algo más avanzado?

—Pues, eso se va dando con la práctica. Si vas mejorando, vas aprendiendo más.

—¿Y no se puede, no sé, pagar más y ya empezar con lo más avanzado?

—¿Tenés alguna experiencia previa con otra arte marcial que hayas hecho?

—Sí, o sea, no sé si la llamaría así... a ver, tengo experiencia de calle.

—¿De calle? —preguntó Teo, entrelazando los dedos y dejando las manos descansar a la altura de su ombligo.

—Sí, de pelearme con alguien que por ahí me quiere pasar por encima, cosas así.

—Ah, bueno, disculpe... pero el tipo de entrenamiento que ofrezco se basa más en la defensa, y para aprender enseño desde lo básico siempre.

—Pero, digamos, ¿no enseñan a pelear?

—No, no enseño eso.

—Entonces... digo, no sé si se puede llamar arte marcial, entonces.

—Le aseguro que sí. Tengo varios años en esto.

—Yo he leído bastante y como que las artes marciales se basan en peleas, no es solo defenderse.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Teo, frunciendo un poco el ceño.

—Nicolás —respondió, cruzando los brazos.

—Mirá, Nicolás —trató de ser amable—. Es cierto que las artes marciales en sus orígenes se han utilizado con fines bélicos, sin embargo, es a través del estudio más profundo

sobre la teoría y la filosofía que van estableciendo sus parámetros. Eso sumado al tipo de enseñanza que debe utilizarse en un contexto moderno y occidental. No está dentro de la filosofía de mi escuela y de mi enseñanza que se utilice el arte marcial como una herramienta para posiblemente comenzar un conflicto. Si buscás eso, te recomendaría que busques en otro lado.

—Bueno, bueno, alto ahí cerebritito —dijo el joven, yendo hacia la puerta—. Me pego una vuelta cualquier cosa, muchas gracias —mintió, asintiendo varias veces con la cabeza antes de salir por la puerta.

Teo sonrió desde su posición, también asintiendo, aunque en realidad deseaba que no volviera.

Ya se acercaba el mediodía, horario en que debía cerrar la escuela. La ciudad solía dormir la siesta, por lo tanto, volvería más tarde. La siesta, esa costumbre que parecía no querer irse. El ritmo ajetreado del mundo no afectaba del todo a Azurduy.

De camino a su casa, Teo se detuvo en una pequeña heladería. Se compró un kilo de helado para más tarde. Iba a entregarle un panfleto a la empleada, por si quisiera entrenar, pero esta le atendió con cara de pocos amigos, por lo que se abstuvo. *Tal vez está cansada de atender a tanta gente*. Decidió, en vez de eso, dejar una tarjeta en una de las mesas. Esta vez y finalmente, de su propia escuela: “Escuela Marcial. Aprenda control sobre su cuerpo, respiración, defensa personal. La primera clase es sin cargo. Contacto: maestro Teo Ishida”.

Al llegar a casa, preparó su comida: arroz con verduras. Era su favorita, y siempre le traía recuerdos de otros tiempos.

La casa era pequeña, casi un pasillo. Al ingresar había un recibidor, luego una cocina-comedor que daba a un pequeño patio con suelo mitad cerámica, mitad césped, y a continuación se bifurcaba en dos, uno era el cuarto de baño y el otro la habitación con una cama. Todo tenía un tono beige o marrón. Los muebles de madera, las lámparas viejas, los cuadros cuyos paisajes retratados pertenecían a China, Brasil, e India. Tenía sus diplomas de reconocimiento mundial colgados en el recibidor. El lugar en general era cálido, pero ciertas esquinas quedaban sin iluminar. Las ventanas daban a la vereda, y el sol estaba constantemente presente en la casa, excepto en la habitación.

Puso la mesa y, antes de comenzar a comer, colocó el teléfono de línea a su lado y marcó el mismo número que llevaba marcando desde hacía tres años. Alguien atendió. Lo configuró con la opción de altavoz.

—Hola, Revy.

—Hola, Teo —respondió una voz tosca y firme. Comenzó a comer.

—¿Arroz de vuelta?

—Esta vez tiene verduras.

—Te van a faltar nutrientes.

—Mi viejísimo maestro ha vivido por muchísimo tiempo comiendo únicamente arroz blanco.

—¿Cuál maestro? ¿El del templo o el otro?

—El que no podés llamar por teléfono.

—Ah, el otro. A mí no me jodas, que seguro se clavaba un McDonald’s cuando nadie lo veía.

—¿Vos que comés?

—No tengo hambre aún. Estaba afuera, con los *shuriken*ⁱⁱⁱ.

—Ah mira, ¿ya te llegaron?

—Sí, y vuelan como un sueño. ¿Qué tal te ha ido?

—Bien, bien. Hoy empezaron dos alumnos nuevos. Y también Sergio.
—¿Sergio? ¿El chico que estaba con Catriel? ¿El que estudia ingeniería?
—Ese mismo. Al parecer va a seguir entrenando conmigo.
—A Catriel no le va a gustar, viste cómo es él...

Un maullido se oyó de fondo.

—Lo sé, pero tendrá que manejarlo. ¿Ese maullido es Kipi?

—Y sí, ¿quién más? Una insoportable.

Ambos se rieron.

—Escuchame Revy, no te conté algo que me había pasado hace unos meses.

Hubo un silencio. Teo sabía que esperaba que siguiera hablando, pero no sabía cómo expresarlo.

—Solo te lo cuento porque sos mi amiga, y necesitaba decírselo a alguien, porque me ha estado molestando hace tiempo, pero entiendo si te puede llegar a poner sensible. Unos chicos en la villa querían... estaban aprovechándose de una chica. Intervine, ella se salvó.

—Querían violarla, Teo. Di la maldita palabra.

Él sintió un golpe en el estómago. Hubo severidad en la voz de su amiga.

—Sí... lo siento.

—No te disculpes. ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien. Solo eran unos chicos.

—Solo eran unos chicos —repitió Revy.

Se hizo silencio por un momento. Teo empezó a arrepentirse.

No debí haber dicho nada.

—Tranquilo, estoy bien. No pasa nada. Me alegra que hayas intervenido. Nadie debería pasar por eso. Y ya deja de sentirte mal, no puedes salvar a todo el mundo. ¿La escuela bien?, ¿tienes fondos?

—Sí, sí —Teo detectó el cambio de tema—. Voy a necesitar plata para comprar papel higiénico para el baño, pero esta tarde lo haré. Tengo plata en la escuela. Creo que más alumnos de Catriel vendrán, y tengo esperanzas de que el número de alumnos se eleve.

—Bueno, hoy llamé a la radio, y ya arreglamos para hacer el anuncio. Así que también tenemos eso.

—¿Estás segura de que Catriel se las arreglará solo? —preguntó Teo, terminando su plato.

Hubo otro silencio.

—Teo, ya no somos socios con Catriel. Punto. Ni siquiera me interesa que hace con su vida.

Teo largó un suspiro sonoro.

—¿Algún problema? —inquirió ella, como esperando que no existiese realmente un problema.

—Catriel es mi amigo, a pesar de todo, y aún tengo cierto interés en su bienestar. Revy le interrumpe.

—Bien, yo no. Debo irme a cocinar ahora y a darle comida a Kipi. ¿Necesitás algo más?

Teo tragó sus palabras, hubiera querido decirle: “Sí, ¿vos segura de que estás bien? ¿Allá, sola? En estos tres años no te he visto mejor.”

—No, nada más. Cuidate, hablamos más tarde.

Otro silencio más.

—Te extraño. Un beso, Teo.

La llamada se cortó, y él se quedó mirando el teléfono unos instantes.

Mejor como mi helado, pensó para sí mismo.

Llegada la tarde, se dirigió a la escuela, y meditó unos momentos. Luego practicó algunos movimientos dejando que su cuerpo expresara lo que no podía con palabras. Cada golpe iba acompañado por un grito que rasgaba el aire. Sus manos y pies se movían como si controlaran el viento. Una danza antigua que ocultaba dentro de sí un centenar de aplicaciones contra enemigos invisibles. Su cuerpo formulaba movimientos bruscos que transicionaban a suaves.

Cuando terminó, su mente estaba en calma. Justo a tiempo para abrir de nuevo.

Ni bien abría las puertas, un viejo conocido hizo su aparición. Se trataba de un hombre entrado en años, de ojos bien abiertos y entusiastas, sonrisa radiante y un cuerpo enorme.

—Darío, tanto tiempo —dijo Teo en tono calmo.

—¡Bue!, ¿tan seco me recibís? —protestó Darío, su sonrisa descendió un poco.

—Disculpa, sabés que no rebose de entusiasmo. Pero realmente me alegra verte. Pasá y tomamos unos mates, aún falta para que arranque el siguiente horario.

—¡Así me gusta, che! Los cebás vos —dijo el hombre, mientras se acomodaba en uno de los asientos.

—No, vos. Yo los vivo cebando.

Se quedó mirándolo con los brazos cruzados. Darío detectó una chispa en su mirada que indicaba un desafío.

—¡Pero qué mala onda estás, che! ¿Querés pelear por quién ceba los mates?

—No me atrevería a pelear con un octogenario. Para nada, aun siendo un campeón de boxeo de peso pesado. Me ofende que me trates así.

Darío se incorporó, finalmente descubriendo qué era lo que Teo quería.

—¿Octogenario? ¡Vos sos miles de años más viejo que yo!

—Me seguís ofendiendo y ofendiendo. No voy a permitir que siga esta situación. A la siguiente, te aviso: viene un golpe para callarte la boca.

Darío recuperó su sonrisa de oreja a oreja.

—Dale, animáte. Limpié el piso con gente más impresionante que vos —cerró los puños y posicionó los brazos delante de su cara.

Teo siguió parado frente a él, con los brazos cruzados. Solamente sonreía sutilmente de lado.

Darío decía una verdad: en comparación, él era mucho más pequeño. Sin embargo, eso no le impidió lanzar una patada a gran velocidad. Su talón apuntó directo a la boca del estómago de su contrincante. Este logró defenderse bajando un poco la guardia, y el golpe impactó sobre sus brazos.

La pierna de Teo se posó rápidamente en el suelo y luego separó los brazos, con los cuales lanzó dos golpes; uno hacia su cara, el otro, nuevamente, hacia la boca del estómago. Los movimientos fueron tan veloces que Darío atinó a moverse hacia un costado, defendiendo solo el golpe dirigido hacia su rostro, el otro le acertó en las costillas. Entonces fue su turno de atacar, pero su brazo fue interceptado bajo la axila de Teo, el cual llevó el peso de su cuerpo hacia atrás, atrayéndolo hacia él, y luego le presionó la garganta con la punta de los dedos.

Finalmente lo soltó y él retrocedió al quedarse sin aire, llevándose las manos a la garganta mientras tosía.

—Se te va a ir el dolor si preparás unos mates, dale —bromeó Teo.

Darío dio un paso adelante y arrojó otro puñetazo que fue detenido a mitad de camino

por un pie ajeno a la pelea, el cual ascendió y desvió el puño hacia arriba, pasando por encima de la cabeza de Teo. Él, viendo la intervención ajena, no se movió del lugar. Solo sonrió.

El pie ajeno, descendió tan rápido como había ascendido, volviendo a su lugar. Darío se acarició la mano golpeada por el pie de Revy, quien acababa de entrar al lugar a mitad de la pelea.

Darío se quedó absorto.

—¿No te pensabas defender? —cuestionó con brusquedad Revy mirando a Teo.

—Sabía que ibas a salvarme. Darío no quiere entender que yo no voy a cebar los mates.

—Bueno, si no lo hace por vos que lo haga por mí. Dale Darío, que estoy cansada. Dejá de sobarte la manito, que no te pegué tan fuerte.

—Ustedes dos me van a matar —se lamentó él, tambaleándose rumbo a la cocina. Mientras se alejaba tosió nuevamente.

Revy y Teo se miraron por un momento que se sintió eterno para ambos.

—No, esto no significa que estamos a mano —aclaró ella, finalmente yendo a sentarse detrás del escritorio.

Sabía lo que iba a decir, pensó el hombre.

—Sí, Timoteo, sabía lo que ibas a decir. Siempre decís lo mismo cuando te salvo.

—¿¡TIMOTEO!?! —gritó Darío desde la cocina, luego rompió en carcajadas.

—Prefiero mi apodo, vos hacé el mate y callate.

—Ya puse el agua y la yerba.

Darío se recostó sobre la puerta de la cocina. Revy estaba sentada y abrió la computadora portátil que llevaba en el bolso. Teo procedió a sentarse también.

—Bueno, ¿qué los trae por acá? No esperaba a ninguno.

—Yo vine a hacer la administración nomás, y a charlar un ratito. Es verdad que hace rato no venía a molestarte —respondió Revy.

—Yo vine a pedirte ayuda en algo —confesó Darío.

—Cuidado que la pava esa caliente en un ratito. ¿Qué pasa? —respondió Teo, entrelazando los dedos y tocando ligeramente sus dedos pulgares, descansando las manos sobre el vientre.

—Es sobre uno de mis chicos. Te comento, no sé si estás al tanto de lo que estoy haciendo estos días.

—No. Te perdí la pista después de lo de Catriel.

—Bueno, después que te fuiste me puse de acuerdo con algunos conocidos de cuando fui boxeador y logré abrir mi gimnasio. No es nada que digas “¡guau!”, ¿viste? Es un galponcito, pero la gente va, recuerda mi nombre, quiere meterse en el ambiente... También empecé a meterme más en el tema del MMA^{iv}. ¿Conocés un poco del tema?

—Levemente, ¿te querés sentar?

—El agua ya casi está.

—Ah, bueno. Seguí contándome.

—Pues, no hay mucha movida para entrar. O sea, se buscan peleadores que puedan pelear posta. Debido a eso, se están haciendo algunos torneos en la ciudad. Nada heavy, ¿viste? Empezó hace muy poco la movida en la ciudad.

—El agua —avisó Revy sin apartar la vista de la pantalla. Darío fue a la cocina apurado.

—Bueno, sigo.

—Habla más fuerte que no te escucho —gritó Teo.

—El caso es, que estoy preparando a los chicos para los combates. Pero, ¿qué pasa? Que yo sé más que nada boxeo. De la cintura para abajo soy un queso. Ahí voy y me siento.

Darío se colocó frente a Teo y le pasó el primer mate a Revy, que estaba al otro lado del escritorio.

—Tengo un chico que promete mucho, se llama Gastón. Tiene buena reacción, buena resistencia. Pero quiero explotarlo más. Quiero que gane, y él tiene muchas ganas. Está muy dispuesto y se esfuerza mucho. Yo sé que vos has participado en torneos de Sandá^v. Tenés más experiencia que yo. Me estaba preguntando si podías ayudarme a entrenarlo, te lo digo ahora que sé que estás tomando un camino diferente al de Catriel.

—Quemaste la yerba.

Revy le devolvió el mate.

—¡Eh!, ¿tanto iba a calentar?

Teo lo consideró un momento, sintiendo la mirada de Revy clavada en él. A pesar de conocerla por décadas, no sabía si aprobaría o no lo que estaba a punto de decir.

—Dame un mate, me gusta lavadito —dijo, sorbió de la bombilla, y cuestionó—: Darío, ¿sabés por qué me separé de Catriel?

Darío se quedó pensando.

—¿Eran pareja?

—No, boludo. Dejé de trabajar con él porque era demasiado...

—¿Machista? —intercedió Revy.

—Un poco, pero viene de lo mismo, Catriel es demasiado tradicional...

”Catriel y yo venimos del mismo maestro, pero tuvimos caminos muy diferentes. No voy a aburrirte con la historia, es muy vieja y larga. Pero, básicamente, Catriel enseña un arte marcial que ha tenido muy pocas modificaciones durante muchísimos años: se viene enseñando únicamente a la gente pudiente, se requiere un montón de tiempo de práctica para te que reconozcan que algo te sale mínimamente bien. En cierto punto me di cuenta de que le estaba dando clases a gente de clase alta que podía hacer artes marciales porque podía, porque muchas de esas personas tenían empresas y no hacían nada con su tiempo, o venían de familias ricas. En definitiva, personas con fácil acceso.

”Teníamos uniformes de seda, espadas Jian provenientes de Estados Unidos, y pocos alumnos pero bastantes ganancias.

”Y... hace un tiempo atrás me pasó algo: pasaba por una de las villas, y estaban atacando a alguien... a una chica. Eran cuatro chicos, y los detuve. Ni siquiera hice algo complejo. No eran artistas marciales, eran chicos comunes abusando de su poder sobre una chica. Lo hacían porque podían...

Revy se incorporó y desapareció rumbo al baño. Teo continuó:

”... Creemos que las artes marciales son algo inalcanzable, lo mistificamos, lo convertimos en algo casi de estatus. Se volvió elitista, clasista. Creemos que las artes están en un torneo de Wu Shu^{vi} en China. Pero la violencia nunca dejó de existir en todo ámbito de la sociedad. En China, estas artes eran practicadas por gente humilde. Por campesinos, por costureras, por sirvientes. Mi forma de palo largo favorita fue creada por un panadero, la cual usó para defender su hogar de los pueblos invasores que querían destruir su hogar.

”Me separé de Catriel porque quiero que esté disponible para todas las personas. Quería empezar de vuelta. Quería otra mirada. El arte marcial no tiene que estar presente únicamente entre paredes de mosaico, sino también entre paredes sin revocar. Porque al fin y al cabo, lo que verdaderamente importa del arte marcial, es lo que puedes hacer con tu cuerpo, y hasta dónde estás dispuesto o dispuesta a llevarlo. Quiero que la costurera de clase

baja pueda defenderse de un hombre de clase alta que mañana se está por ir a Miami.

—Respondele de una vez a Darío, señor presidente —intervino Revy sarcástica, regresando a su asiento.

Teo los contempló.

—El arte debe ser para quien quiera practicarlo, y debe ser usado en la medida que crean conveniente, a excepción, claro, de atacar a personas indefensas. Lo que me pregunto de Gastón es: si le enseño, ¿qué garantías tengo de que no lo usará indebidamente?

—Lo entiendo. No puedo hablar de su vida privada. Realmente no lo conozco tanto —respondió Darío.

—¿Te respeta? ¿Te escucha?

—Y la verdad, podría decir que soy como un padre para él.

—¿Sos como un padre para él, pero no lo conoces?

—Lo que pasa es que él es muy cerrado, pero me tiene en mucha estima.

—Bien. Entonces, dile esto: solo lo entrenaré para los combates, porque en el ring, cuadrilátero, octágono, o donde sea que se esté enfrentando, lo hará con alguien dispuesto a pelear también. Porque hay consenso. Dile que si llega a aplicar su conocimiento sobre una persona indefensa, no lo ayudaré a él ni a vos, Darío. Nunca más.

Darío se quedó en silencio un momento. Extendió la mano abierta hacia Teo. Él le entregó el mate, el cual no se había percatado de que aún llevaba en la mano.

—Realmente te pusiste más duro desde la última vez que te vi. Imagino que la pelea con Catriel fue muy dura.

—No tenés idea.

—Bueno... pasado, pisado, ¿no? —se encogió de hombros Darío.

—Ojalá así fuera. Bueno, eso es lo que tengo para decirte.

Darío asintió con la cabeza.

—Se lo diré, palabra por palabra. Te comunicaré mi respuesta esta semana. Muchísimas gracias, Teo. Después acordamos tema de costos y eso.

—No va a haber mucho problema. De todas formas, por eso comunicate con Revy. Ella golpea números también.

—¿Por cierto, “Revy” es un apodo también?, ¿de qué nombre?

—No te pienso decir —respondió Revy, primero clavando sus ojos sobre los de su interlocutor, y después en los de Teo.

Él comprendió el mensaje transmitido: si le llegás a decir, te mato.

—Rebecca, con doble ce —soltó Teo sin embargo, levantándose rápidamente de su silla, la cual Rebecca pateó tan fuerte que sale disparada hacia la otra pared. Darío se rio tanto que casi se ahoga.

—¿Apellido?

—Para eso vas a tener que pelear con Revy.

—Voy a hacer un mate como la gente —anunció Revy retirándose.

CAPÍTULO 2

Método seguro para fajarse

El chico prendió la compu. Luego buscó y buscó. Navegó por los distintos blogs y plataformas en búsqueda de información proporcionada por chicos como él.

A través de la pantalla vio sus opciones.

¿Corpiños deportivos? ¿Fajas abdominales o post parto? ¿Binder?

Tenía esas tres opciones. Podía ir a algún negocio de ropa deportiva para el corpiño deportivo, a una farmacia o tienda ortopédica para la faja o podía comprar un binder por internet.

Creía recordar tener un corpiño deportivo en casa, en algún lado. Más adelante, tal vez, buscaría otra cosa si realmente lo necesitaba.

Vio que en la pantalla decía:

¡No usar cinta o vendas!

Si te fajás con cinta o con vendas, podés causarte daño. Podés perder sensibilidad y elasticidad, dañar tu piel, quebrarte una costilla, perforarte un órgano o disminuir tu capacidad respiratoria, entre otras cosas

Tragó saliva y respiró profundo. Buscó en su ropero el deportivo que vio alguna vez.

Apartó prendas por doquier, pero no lo halló. Quizá en el ropero de su hermano. Allí lo encontró casi con facilidad, puesto que había una caja aparte con ropa ajena. Su hermano no solía usar ropa deportiva, pero en una ocasión trajo a casa a una chica que olvidó su corpiño, al igual que las demás que también olvidaban prendas de ropa. Trató de no pensar más en él.

La prenda se veía como que resultaría en él. Se desvistió mientras leía las instrucciones.

Escuchá a tu cuerpo

—Estoy aprendiendo —le dijo a la computadora. Ya con el torso desnudo, levantó la prenda en el aire, examinándola.

Si te duele no lo hagas: si te duele es señal de que lo estás haciendo mal

Le gustó ese mensaje, pero luego se le ocurrieron situaciones donde el dolor era necesario para crecer. Maldijo a su mente por darle vueltas a todo mientras se ponía el corpiño.

Es preferible fajar tu pecho hacia los costados que hacia abajo para conservar elasticidad

Estiró su cuerpo, giró el torso. Sí, parecía que lo estaba haciendo bien.

Tomate pausas cada ciertas horas y elongá regularmente durante el día

Ningún problema. Ya de por sí elongaba mucho, pero por las dudas programó alarmas

en su celular.

Tenés que poder respirar hondo mientras estés fajado. Si no podés, disminuí la presión o no lo hagas

Titubeó un poco. No quería respirar, sentir que le costaba, y verse obligado a comprar una alternativa. *Quiero que sea ahora.*

Pero finalmente lo hizo, respiró profundamente. Cuando largó el aire fue un alivio.

Hidratate

Tomó de la botella de agua que estaba en el escritorio de la computadora. Se admiró al espejo, tratando de mirarse desde todos los ángulos. Se puso de costado.

Su primer pensamiento fue: *Quisiera ser más plano.*

Leyó la pantalla nuevamente.

No te fajes por más de 8 horas seguidas. No duermas con la faja. No hagas actividades que requieran un esfuerzo cardiovascular (cualquier deporte)

Eso lo confundió un poco, porque estaba usando una prenda deportiva, pero después recapacitó. *No estoy fajado, pero más adelante, cuando lo esté, debo recordar esto.* Se vio en el espejo de vuelta. Le seguía molestando un poco no ser más plano.

No fajarte de forma adecuada puede causarte daño. No apeles a conseguir un pecho 100% plano porque no siempre es posible y es un modelo irreal

Respiró profundamente una vez más. Cerró los ojos. Se puso frente al espejo y los abrió de vuelta. Se echó un buen vistazo.

—Aceptá —se dijo.

Se observó el pelo rapado, los ojos verdes, la nariz, el septum que se había hecho recientemente, la piel oscura, el cuello, el corpiño deportivo que hacía presión sobre sus tetas, los brazos fuertes, el abdomen y las piernas que ahora repiqueteaban.

—Todo de hombre.

Que sus piernas estuvieran inquietas eran señal de que necesitaba correr. Miró la pantalla por última vez:

Por más que te sientas o no cómodo en tu cuerpo: ¡Cuidate! Sos importante y tu cuerpo también

Él lo sabía. Le tomó tiempo, pero lo sabía. Golpearon la puerta tres veces.

—Luca, ya está la comida.

—Ya voy, ma —respondió él. Cerró la tapa de la *notebook* y se vistió. Antes de salir de la habitación contempló su reflejo y, ciertamente, le gustó lo que veía. El pecho lucía bastante plano.

Sabía que no lo hacía tanto por él, sino por el resto. Pero si le permitía ser libre, entonces bienvenido sea.

Con un pie sobre el umbral de la puerta cayó en la cuenta de que tendría que dar

explicaciones, pero no tenía ganas. Se dijo a sí mismo: los hombres son valientes, pero después de decir eso se arrepintió. No se sintió correcto.

No, los hombres no necesitan ser valientes; la valentía no define el género. Yo necesito ser valiente.

Se sintió un poco mejor, y salió por la puerta hacia la cocina. Su padre ya estaba sentado leyendo el diario.

—Buen día... —titubeó, pero Luca trató de restarle importancia. *No se olvidó. Le conviene no olvidarse.*

—Luca, ayúdame a poner la mesa —gritó su madre desde la cocina, haciendo énfasis en su nombre, para que su padre escuchara.

Luca obedeció. Una vez puesta, comenzaron a comer. Él tragaba rápido, tenía muchas ganas de salir a correr, pero su padre le indicó que comiera más lento.

Allá entre las patas de la mesa, se agitaba Luna, una cruce entre un labrador y un perro “de calle”. Su padre, Esteban, le gritó a Luna que vaya afuera.

Luego los padres le preguntaron qué tal el colegio, que si no se arrepentía de no haber ido a Carlos Paz, que si estaba todo bien con sus compañeros. Él respondió todo de mala gana, sin entusiasmo alguno. El colegio no era un tema que quisiera abordar. Solo había un chico de la clase con el que se llevaba bien, y creía que era porque tenía intenciones de acostarse con él. No les contó que ese día sus compañeros lo empujaron a la salida del colegio.

Al terminar, mientras levantaba la mesa, agradeció al cielo por estar en el último año de secundaria.

¿Pero después qué?

La pregunta se volvía cada vez más urgente de responder.

¿Qué se supone que debo hacer después de la secundaria?, ¿trabajar? No, mis padres quieren que estudie, pero no quiero depender de ellos. Además, no sabría qué estudiar. Nada me llama la atención.

—Hij...o, ¿estás bien? —le preguntó su madre. Luca había terminado de lavar los platos y se había quedado en blanco frente a la canilla de agua caliente que aún seguía soltando agua.

—Sí, sí —respondió él. Cerró la canilla.

—¿Te pasa algo? —preguntó su madre.

—Nada. Me voy a correr —intentó dibujar una sonrisa para ella, solo para despreocuparla, pero solo le salió una mueca extraña.

—Bueno, cuidate por favor. ¡Y contestá cuando te llame! Una vez fuera, Luca simplemente comenzó a correr.

El día era soleado, la temperatura perfecta, algo fresco. Esporádicas brisas de viento recorrían la ciudad, y él trataba de seguirle el ritmo. Una carrera contra el viento.

La estructura de Azurduy no era enteramente horizontal, tenía subidas y bajadas, sus edificios se conectaban unos con otros. Las escaleras daban a plazas que estaban muy por encima de las calles. Las barandas daban a terrazas vecinas. Algunos barrios tenían canales por donde cruzaba un tímido río. El viento recorría todos esos lugares, arrastrando consigo la tierra, los papeles y las hojas de los árboles. Luca no era más que eso, una hoja en el viento. Saltando tan alto y corriendo tan rápido que no escuchaba los comentarios lascivos sobre su cuerpo, no sentía la presión cotidiana sobre él. Lograba correr más rápido que los problemas. Incluso más que la pregunta: ¿Qué problemas puede tener alguien de tu edad?, como si acaso la vida fuera más sencilla, clara, y compasiva de tener menos de dieciocho. Como si acaso

no estuviera uno lleno de dudas y miedos.

Llegó un momento en que tuvo que detenerse. El viento se le adelantó. Se quedó sentado en lo alto de unas escaleras, viendo a la gente pasar.

—¡Chau, hermosa! —le gritó un chico desde abajo.

Luca sentía miedo a veces. No de ser quién era, sino de que nunca pudiera ser visto así. Guardaba un conflicto dentro de sí; quería y, al mismo tiempo, no quería ser como ellos.

Los otros chicos siempre estaban están gritándoles cosas a las chicas en la calle o más bien quienes ellos percibieran como chica, siempre jugando al fútbol, hinchando o por los de Cuenca o los Visigodos, equipos de fútbol local, siempre insultándose, siempre peleándose, siempre gritando. La presencia de un hombre en un sitio siempre era notable.

Su cabeza empezó a sentirse pesada. Comenzó a correr de vuelta. Quería que esas cosas dejaran de importar. Quería dejar de sentir que no iba a encajar. No quería ser lo que significaba ser hombre, pero quería poder hacer lo que los hombres hacían sin casi ningún esfuerzo.

Para empezar, que dejen de decirme “¡Chau, hermosa!”.

Quería alcanzar al viento.

Los humanos están hechos para correr. ¿Por qué no podemos basar nuestra sociedad en esa acción?

Pero el viento le respondió: “No todo el mundo puede correr”.

No todo el mundo puede gritar, insultar o pegar. No a todo el mundo le gusta el futbol.

—¿Estás hablando del mundo, o estás hablando de vos? —le preguntó una hoja que pasaba a su lado.

¿Cuáles eran sus pensamientos, y cuáles los que imaginaba que el viento decía? Todo se había vuelto uno. Luca quería mayor velocidad. Saltó de una pared a otra, se trepó a una cornisa, saltó una chimenea, y ahora estaba en el techo de un edificio. Se desplazaba de techo en techo, sin preocuparse por si alguien lo vería y llamaría a las autoridades. Pero se detuvo, necesitaba respirar. El aire era rápido para moverse entre los edificios, pero no lo suficiente para entrar a sus pulmones.

—Siempre hacés lo mismo —pareció decirle el sol que le quemaba desde arriba—. Siempre que querés justificarte o criticarte, decís: “Los humanos esto, los humanos lo otro”. ¿Nunca pensaste que sos vos el problema?

—Siempre lo pienso —dijo Luca, finalmente desplomándose.

Permaneció acostado en el techo, mirando directo al sol. La frescura del ambiente se había ido junto con el viento. Se sentía igual que cuando sus compañeros lo empujaron a la salida del colegio.

Impotente.

—Es mi culpa que no les pueda pegar, es mi culpa que no les haya dicho nada. Solo me quedé callado.

Un gato maulló a su lado. Luca giró la cabeza y lo vio mirarlo fijamente. Mantuvieron el contacto por un buen rato.

—¿Es tu culpa que crean que sos una chica? —le cuestionó el animal.

—No —respondió.

De eso, al menos, estaba seguro. Recordó la ansiedad que había sentido durante tantos años, y de repente, su cuerpo se sintió menos cansado. Mantener una farsa toda tu vida es más cansador que haber corrido lo más rápido que puedas.

El gato trepó a un tanque de agua cercano. Luca también podía hacer eso. Era como

el gato, pero no igual. Y sabía que él era como sus compañeros varones, pero no igual a ellos.

El gato desvió la mirada. Luca se aproximó al borde del edificio, quería saber qué había captado su atención.

—La culpa es muy parecida a la vergüenza, pero tienen sutiles diferencias —dijo el gato. ¿O había sido él? Ya había perdido el hilo, así que simplemente preguntó:

—¿En qué se diferencian?

—Sentimos culpa por algo que hicimos. Sentimos vergüenza por algo que somos.

El gato se había esfumado. Concentró su vista hacia donde el animal había estado mirando.

Allí había un local, en cuyo anuncio se leía:

CENTRO WU SHU - DISCIPLINAS TRADICIONALES. MAESTRO SUPERIOR CATRIEL ALMEIDA

—No siento culpa por no defenderme, siento vergüenza. Un hombre debe saber defenderse. Y voy a hacer algo al respecto.

Luca emprendió nuevamente la marcha con el viento como compañía. Arriba, las aves aprovechaban el viento para planear. Iban de un extremo de la ciudad, donde estaba Luca, a la otra, donde estaba Teo barriendo la vereda.

El viento repentino hizo que Teo desistiese de barrer, así que entró a su escuela. No pudo evitar preguntarse qué estaría haciendo Catriel. Aunque quisiera verlo, estaba al otro lado de la ciudad, y aun si pusiera un pie en su escuela, nada garantizaría que este no quisiera echarlo.

—Hola, ¿disculpe? —dijo una voz suave desde la puerta.

—Hola, buenas tardes —saludó Teo con una sonrisa—. ¿Su nombre?

—Verónica. ¿Puedo pasar? —preguntó la chica.

—Sí, por favor, pase. ¿En qué le puedo ayudar?

Verónica entró. El trato cordial la ayudó a desinhibirse. La luz de la tarde se reflejaba en su cabello rubio. Mientras avanzaba aferraba su cartera. Miró alrededor. Las pecas en sus pómulos y el verde de sus ojos brillaron cuando el sol impactó de frente en su cara.

—¿No están dando clases ahora, no? Sino puedo pasarme más tarde —dijo, a pesar de que el lugar se hallaba vacío.

—No, no. En unos veinte minutos empieza la clase. Tome asiento, por favor.

Ella se sentó en la silla ofrecida, frente al escritorio. No sabía cómo formular la pregunta con exactitud, así que simplemente tomó aire y luego preguntó.

—¿Acá se enseña defensa personal? O parecido, no sé.

—Enseñamos, sí. ¿Estás buscando cómo defenderte en la calle, ante algún ataque?

—Sí, sí —inhaló nuevamente—. Es como para aprender, digamos, cómo reaccionar si me llegara a pasar algo. Hace un tiempo quería empezar algo, ¿vio? —Se dio cuenta de que acababa de repetir lo que él le había dicho—. Un amigo me recomendó este lugar, porque, bueno, quiero tomar más confianza cuando voy por la calle, por ejemplo.

—Entiendo, he tenido alumnas que han sentido esa necesidad. No te preocupes, entiendo los motivos. Te explico un poco lo que enseño. Dentro de la práctica del arte marcial vas a tener las herramientas no solo para aprender cómo reaccionar ante una agresión, sino también para una mejor coordinación y más confianza con tu cuerpo. Vas a aprender a desenvolverte mejor en un montón de aspectos.

—Y, digamos, ¿enseñan a pelear? —preguntó ella—. Porque cuando dijo “marcial”

enseguida pensé en esas películas de peleas. Mi viejo es fanático.

—No exactamente a pelear... sino a terminar los conflictos de forma certera. No es como boxeo, acá no hacemos combates. En las primeras clases enseñé cómo defenderse de ataques más inmediatos, y luego voy enseñando cosas más complejas, diferentes tipos de ataques, y cómo reaccionar ante ellos.

—Ah, mi papá hacía boxeo antes, y pensaba hacer una cosa así, o kickboxing. O algo así. Pero me dijeron que acá como que hacían otras cosas para la salud, como que era más tranquilo.

—Sí, aprenderás a respirar, a mantener la calma, a moverte, a estar alerta. Si querés, podés quedarte a presenciar la clase que va a haber dentro de un rato, o incluso si querés, podés pasar y participar un poco.

—Ah, ¿tengo que pagar algo?, ¿no tendría que tener otra ropa?

Vero estaba vestida con una musculosa y una pollera que le llegaba hasta las rodillas y zapatillas. La mano que sujetaba la cartera bajó instintivamente un poco, como para tener que abrirla en cualquier momento.

—No, es una invitación. Solo necesitarás descalzarte. El punto de esta arte marcial es que puedas usarla en cualquier situación, con cualquier ropa.

Vero lo pensó. *¿Por qué no?*

—Bueno, sí, quisiera participar. ¿Dónde podría dejar las zapatillas?

—Allá al costado están los cambiadores, esos que son como cubículos. Podés dejar las cosas ahí tranquilamente.

Otros tres estudiantes llegaron después, junto con Vero eran cuatro.

Al inicio de la clase, hicieron el saludo, y Teo explicó su significado. Luego comenzaron una entrada en calor básica desde el lugar, sin moverse mucho.

—Imagínense que a sus pies hay un círculo, y ustedes están justo en el centro. Ese es su espacio. Adonde se muevan, ese círculo va con ustedes. Primero vamos a aprender a estabilizarnos para que no perdamos ese círculo —instruyó Teo.

Aprendieron a moverse hacia adelante, atrás, izquierda y derecha. Con los pies separados a una distancia de doble ancho de hombros. Vero era alta, y descubrió que tenía ciertos problemas de equilibrio para mantener el ancho de los pies mientras se movía.

—Los pies deben estar bien apoyados, sin levantar dedos ni talones —apuntó el maestro.

Desde el lugar se iban moviendo mientras Teo lanzaba un golpe de puño recto. La idea del ejercicio era esquivar el golpe. Reaccionar comprendiendo en qué dirección moverse.

—Puede suceder que nos agarren por sorpresa desde cualquier parte del cuerpo.

Realizaron ejercicios en los que debían mover los brazos y las muñecas. Primero desde donde estaban, luego trasladándose en todas direcciones como antes.

Genial, tampoco sé coordinar, pensó Vero cuando percibió que también tenía dificultades para eso.

—No se desanimen si no sienten que les sale. Tenemos la costumbre de no pensar en cómo nos movemos, ni siquiera cuando caminamos. Lo máximo que llegamos a coordinar en lo cotidiano los pies con las manos es cuando vamos caminando y usamos el celular —bromeó Teo. Vero se rio nerviosamente—. Con la práctica se mejora.

Hicieron otro ejercicio, este se trataba de guardar equilibrio sobre un único pie y mover las manos. Elevar un pie al mismo tiempo que una mano, o levantar una rodilla y el brazo contrario.

Luego pasaron a los agarres. Teo se colocó frente a un alumno y le tomó la muñeca.

—Ahora, haz el movimiento que estábamos haciendo antes. Haz un movimiento circular mientras te mueves.

El alumno se movió a un lado e hizo un movimiento circular con la muñeca, con el pulgar tensado hacia afuera. Su muñeca escapó de entre los dedos de Teo. Todos hicieron lo mismo. Vero tuvo que pensarlo varias veces antes de hacer el movimiento.

—Tratá de no pensarlo demasiado —le recomendó Teo en un tono calmo—. Dejá que tu cuerpo lo haga. No te estoy tomando examen y nadie te está juzgando. Todos vinimos a aprender.

Vero respiró e hizo el movimiento. Luego lo practicaron desde distintas direcciones. Teo tomó a uno por uno desde un costado. Desde los codos, desde los hombros y desde los brazos.

—Mientras más asciende el agarre por el brazo, más tendrán que moverlos. Si te toman desde el hombro, el movimiento tiene que ser más amplio. Ahora, cuando se liberen, empujen. Tomen control nuevamente de su círculo. Alejen a su contrincante de su espacio.

Vero no se animaba a empujar al principio, pero poco a poco empezó a tomar más confianza. Hicieron todo nuevamente concentrándose en la respiración, en permanecer calmos, y hasta con los ojos cerrados, algo que en otra situación la hubiera puesto nerviosa, pero mantuvo el temple y lo llevó a cabo.

—Muy bien, terminamos por hoy.

Vero se sorprendió. ¿Tan rápido había pasado la hora?

—¿Y? ¿qué te pareció? —preguntó Teo.

Vero ya se estaba calzando. Se sentía bien, como nunca en mucho tiempo. Hacía bastante que no desocupaba su mente. Se sentía despejada y confiada.

—Bastante bien, me gustó mucho. Quisiera seguir viniendo. ¿Podemos arreglar los temas de los horarios y eso?

—Por supuesto. Estaré en el escritorio, te pasaré los horarios en una fichita. Voy a necesitar que me llenes unos datos si querés seguir viniendo.

Tras ponerse desodorante fue hasta el escritorio y se sentó en la silla.

—Permiso —sonó una voz grave y joven desde la puerta.

Comenzó a sonar una canción romántica. Vero no sabía de dónde provenía, pero se dio vuelta en dirección a la voz y sus ojos chocaron con los de él, marrones oscuros.

Llevaba una barba de pocos días y una sonrisa picarona esbozada de lado. Tenía una quijada prominente y unos pómulos perfilados. Su cabello era negro y corto, y su físico entrenado. Podía entrever sus bíceps a través de la camiseta ajustada, y unas piernas marcadas en pantalones de gimnasia.

Vero sintió un poco de calor mientras ese chico se acercaba. ¿De dónde venía la música?

—Hola, ¿cómo te llamás? —le preguntó el chico, de pie muy próximo a ella.

—Hola, me llamo Verónica —respondió. Observó que los ojos de él parecían brillar.

—Mucho gusto Vero, soy Gastón. ¿Conocés al maestro? ¿Está por acá?

Verónica solo escuchaba una guitarra de fondo, con una melodía muy dulce. De repente la música se cortó, provenía del celular de una de las alumnas que se había terminado de vestir y se dirigía a la puerta. La música era su tono de llamada.

—¿La querés cortar, loco? ¡Cansada me tenés! —exclamó la alumna recibiendo la llamada—. ¿Qué carajo te pensás? ¿Qué me podés vivir controlando? No... No, no, no te quiero escuchar más. Harta me tenés. ¿Porque te creés lindo te pensás que me podés vivir

controlando? Chau —y cortó.

La chica había llegado al recibidor y se dio cuenta de que Teo, Vero, Gastón y el resto de los alumnos que aún no se habían ido la observaban con los ojos abiertos.

—Disculpen la molestia, es un ex que anda rompiendo las... ya saben... —se disculpó ella, con la cara muy colorada.

—Sí, sí, se entiende —respondió Teo, abriendo aún más los ojos mientras ocupaba su lugar tras el escritorio.

—Bueno, nos vemos maestro. La próxima apago el celular. Nos vemos la clase que viene —dijo antes de salir disparada por la puerta, propulsada por la vergüenza.

—Por favor —susurró Teo—. Aunque si el ex es el problema, estaría bueno que lo apague a él y no al celular.

Vero contuvo una risa.

—Tomá Verónica, si me pudieras completar estos datos... Este otro papel es para vos; tiene el número de teléfono y el horario. Cuando termines dejalo acá nomás, discúlpame que lo atiendo al señor.

—Sí, sí, gracias —dijo Vero sonriendo, tratando de no mirar al chico, que no quitaba la vista sobre ella.

—Vos debés ser Gastón —saludó Teo—. Mucho gusto, soy Teo, el maestro. ¿Vos sos el que está entrenando con Darío, no?

—El mismo —respondió Gastón con una sonrisa—. Él viene en un rato.

—Bueno, está bien —Teo juntó las manos y miró hacia el tatami—. Bueno, ¿te parece si te vas descalzando y empezamos a trabajar un poco?

—Dale, dale —respondió el chico. Miró una vez más a Verónica antes de ir a cambiarse—. Nos vemos después, Vero.

Ella se dio vuelta y solo le sonrió.

Una hora había pasado, y Teo observaba cómo Gastón hacía los ejercicios. Si bien sus golpes eran precisos y fuertes, le faltaba velocidad y movilidad.

—Mové más los pies, parece que te hubieran clavado al piso.

La siguiente hora de entrenamiento estaba por comenzar. Sergio entró por la puerta de la escuela, entusiasmado.

—Hola, maestro —dijo, y se dio cuenta de que había alguien más allí.

—Hola, Sergio, este es Gastón. Se unirá al entrenamiento, claro, si él quiere.

—Esperemos que sí —comentó Sergio al verlo, de repente sintiéndose muy acalorado.

—Sí, sí, me quedo —aceptó Gastón, casi sin prestarle atención al otro.

Otros alumnos llegaron después. Cuando comenzó la clase, Teo puso aparte a Sergio y a Gastón. Quería aprovechar el hecho de que estos ya tuvieran cierto nivel de entrenamiento.

—Se saludan —ordenó Teo.

Obedecieron, aunque Gastón no estaba del todo cómodo con tanta formalidad.

—En guardia.

Sergio se puso en posición de guardia, protegiendo la cara y el estómago, y flexionando las piernas un poco, en una posición estable.

Gastón separó un poco los pies, pero levantó solo un brazo para proteger el rostro, el otro brazo lo dejó más abajo. El maestro se acercó y se lo levantó, cosa que le disgustó un

poco, ya que odiaba los cambios o ser corregido.

—Bien, presten atención, trabajaran lo siguiente: combate ligero, marcando al compañero con un toque suave. Me interesa ver cómo defienden y cómo se mueven. Si ven la oportunidad de llevar al otro al piso, pueden aprovecharla, pero terminan ahí y vuelven a empezar. ¿Preguntas?

Ninguno se movió. Sergio negó con la cabeza. *Tranquilo, Sergio, pensó.*

—Bien, comiencen.

Ni bien la palabra "bien" había salido de los labios de Teo, Gastón se abalanzó sobre Sergio, totalmente a la ofensiva. Sergio lo evitó moviéndose hacia un costado y marcó las costillas ajenas con un golpe para luego empujarlo. Gastón se desestabilizó, oportunidad que tomó para lanzar una patada, pero el otro frustró su intento sujetándole la pierna a tiempo. Él reaccionó llevando una mano al piso mientras empujaba a su contrincante con el otro pie. Entonces liberado, recuperó su estabilidad, y Gastón cayó al suelo sentado.

Teo, que observaba de cerca, tomó una nota mental: *Tiene muy entrenados los brazos, pero nada las piernas. No sabe moverse y no tiene equilibrio.*

Comenzaron un nuevo combate. Esta vez Gastón no se mandó tanto a la ofensiva, pero Sergio logró rodearlo varias veces, cambiando de posición y marcando golpes en muchas zonas situadas a la izquierda y derecha de su cuerpo. Gastón únicamente defendía de frente. Hasta que de pronto atrapó el brazo de Sergio con una mano al mismo tiempo que giraba de espaldas pegándole un codazo en la boca. Notando que no había sido un golpe accidental, él retrocedió confundido y estuvo a punto de ser golpeado de nuevo, pero Teo intervino tomando la muñeca del chico en el aire entre sus dedos índice y pulgar, dirigiéndolo al piso. Eso provocó que Gastón perdiera el equilibrio y cayera de bruces.

—Creo haber sido muy claro al decir “combate ligero” o “marcar”.

Luego se dirigió a Sergio, quien al parecer tenía ahora un diente flojo. Se retiró del tatami para lavarse y otro compañero se ofreció a ayudar, lo cual Teo agradeció.

Gastón estaba sentado en el piso. Tenía un corte en el codo, donde posiblemente se había clavado el diente de su compañero.

Teo estaba furioso, pero procuró mantener la calma. Sin embargo, su tono de voz fue severo:

—¿Algo para decir?

—En un combate real le hubiera ganado. Lo viste, solo me tomó un golpe.

—En realidad, si hubiera sido más real, no estaría tan seguro, viendo que él logró marcarte quince golpes en las costillas, cuello y piernas.

—Yo pego más fuerte —discutió Gastón.

—Sos muy lento, y tu ego es tan grande que creo que eso es lo que hace que tengas un mal equilibrio. Sos muy fácil de contraatacar.

—¿Se supone que me tengo que ofender?

Teo se arrodilló junto a Gastón. Sus ojos estaban a la misma altura.

—Mirá, es muy simple, tu ego te impide crecer. Creés que sos lo más de lo más, que no hay nada mejor que vos, ¿y sabés qué? Eso te va a hacer mierda cuando te enfrentes a alguien o a algo diferente a vos. No mejor, diferente. Y si seguís con esa actitud, cuando te hagas mierda, cuando te encuentres ante ese obstáculo, si tu ego sigue ahí, en vez de saber cómo superarlo vas a seguir haciéndote mierda. Así en criollo te lo digo. Porque el ego nos impide aprender, nos impide avanzar, nos impide ver las cosas de otra forma.

—No necesito que me des lecciones de vida.

Gastón agachó la mirada. De repente, tenía muchas ganas de golpear a Teo.

—Te enoja, ¿no? Quisieras golpearme, ¿no? No te gusta que te diga esto porque, detrás de tu ego, está el cagazo. Creer que sin tu ego no sos nada te da mucho miedo, pero hasta que no te admitas eso, no puedo enseñarte nada. Estoy haciendo esto como un favor, pero si no querés aprender, ahí está la puerta.

Gastón se incorporó y fue hacia los cambiadores. Algo se le había clavado muy profundo y no sabía cómo reaccionar. Solo quería irse.

Afuera, el viento comenzó a soplar más fuerte. Las nubes de lluvia avanzaban lentamente por el cielo, tapando al sol. La presión atmosférica cambió, lo gaseoso se convertía en líquido, y aquello que estaba arriba, ahora bajaba a gran velocidad, como si de un orgullo herido se tratase.

El entrenamiento había terminado. La lluvia caía suavemente sobre el toldo, rebotando sobre la lona y luego escurriéndose por la bajada. La vereda y la calle estaban todas mojadas, excepto debajo del toldo. Un área de protección, una dimensión paralela a las condiciones climáticas, cosa que Gastón agradecía, ya que era allí donde podía disfrutar un cigarrillo después de todo. El olor a tierra mojada se mezclaba con la del tabaco cuando exhalaba el humo por la nariz. Sentía cómo el humo caliente, sin forma, pero con suficiente textura como para sentirla en sus fosas nasales, escapaba de su cuerpo.

En ese momento Sergio salió del recinto y se quedó bajo la protección del toldo. Notó a Gastón a su lado, recostado sobre la pared, fumando y mirando distraídamente la lluvia.

El diente se sentía flojo, pero no le dolía nada. Absolutamente nada. Sin embargo Gastón no supo qué decir, si pedir perdón o bromear. Así que se quedó en silencio.

—Wep —dijo Sergio en dirección a él sin mirarlo realmente. Este lo vio un instante y luego asintió con la cabeza una vez.

Sergio sacó su celular y empezó a buscar el número de algún remis. Estuvo varios minutos llamando a todos los números que tenía, sin suerte. Todos ocupados. Para cuando cortó la sexta llamada, Gastón ya se encendía otro cigarrillo.

—Olvidate —dijo. El humo salía de su boca al hablar—. Con este clima de mierda todos andan en remis, nadie te va a atender.

—Bue, esperaré un rato.

Sergio guardó su celular y se apoyó sobre el caño que mantenía en pie el toldo, justo frente a Gastón, el cual miraba hacia algún punto lejano. Donde fuese, menos en dirección al otro chico. No quería pensar en lo que había pasado.

El silencio se instaló entre los dos. La lluvia no parecía querer parar, caía sin misericordia mojándolo todo. A Sergio le provocaba una gran molestia, como un mosquito que circula por los oídos mientras uno trata de dormir, así era la lluvia para él. Para Gastón, en cambio, era un relajante natural.

—Podrías irte caminando, yo voy a hacer eso en un rato —propuso Gastón—. Es un gasto al pedo irte en remis, solo es agua.

—Para vos capaz, yo no me quiero mojar.

No sabía si era por lo que había pasado, y por supuesto no se estaba admitiendo para nada que su orgullo estaba herido, pero a Gastón no le gustó ese tono.

—No entiendo a la gente que no le gusta mojarse. Deberían agradecer; después se quejan cuando no llueve —dijo, llevándose el cigarrillo a la boca. La frase “mal perdedor” se le cruzó por la mente instantáneamente.

Sergio pensó para sí mismo: *Guau, nadie pidió tu opinión.* Pero se limitó a levantar

las cejas. Se consideraba bastante bueno juzgando a las personas y podía darse cuenta: Gastón tendía a creerse mejor que los demás.

Aun así, se le quedó mirando un instante. Vio cómo el cigarrillo se encendía en un naranja intenso al ser inhalado, cómo el pecho de Gastón se inflaba y luego cómo el aire salía por su nariz. Le gustaba mucho la forma de su quijada.

Gastón se dio cuenta de que era observado.

—¿Pasa algo?

—Estaba viendo cómo fumabas, se parece mucho a meditar.

No pudo evitar mostrar cara confusa.

—¿Por?

—Estás respirando. Digo, inhalando. Retenés el aire y luego lo exhalás, lo hacés muy lento y concentrado en cada paso. Estás concentrándote en la respiración únicamente y esa es una de las cosas importantes de la meditación.

Él no alteró su expresión de confusión. Sacudió el cigarrillo para que las cenizas cayeran.

—¿No es medio obligatorio tener que estar sentado en esa posición incomodísima y pensar, no sé... en la nada? Como si fuera posible —se metió el cigarrillo en la boca de vuelta.

—No, no tanto. Con concentrarte en respirar ya estás pensando en algo que no es lo que pensás normalmente, como los problemas, o lo que sea.

Gastón exhaló el humo nuevamente.

—Puede ser —dijo, para no decir que en realidad no le interesaba, que él no tenía ningún problema y además había dado un buen combate—. ¿Querés? —le ofreció un cigarrillo.

—¿Eh? No, gracias.

Y sí, otro cagón más, pensó, pero de todos modos insistió. Sergio se negó otra vez.

—¿Seguro? ¿No dijiste que era como meditar?

—Eso dije, pero la diferencia es que el humo te hace percha los pulmones. —Ahora Sergio miraba a la calle.

—¿Has probado alguna vez?

Sergio estuvo tentado a mentir, para de alguna forma no sentirse inferior por no haberlo hecho, pero luego se dio cuenta de lo tonto del pensamiento.

—Eh... No, nunca.

—¿Nunca? ¿Y por qué no?

Sergio comenzaba a sentirse molesto.

—Porque no quiero. No me gusta, y no hago cosas porque los demás las hacen.

Gastón percibió el tono de irritación en su voz. *Ay, el superado*, pensó para sus adentros con diversión.

—¿Cómo sabés que no te gusta si nunca probaste?

Qué pesado, pensó Sergio.

—Che, ¿no me querés chupar la pija? —dijo, tratando de sonar lo más serio posible.

—Hey, estamos hablando nomás.

Gastón tiró el cigarrillo fuera de la dimensión protectora, hacia la lluvia.

—Era en serio, en realidad. ¿No me la querés chupar? —insistió, casi sonriendo ahora. Dejó de apoyarse en el caño y lo miró de frente.

El interpelado tenía cara de molesto y se estaba cerrando la campera. Con seriedad aclaró:

—No me gustan los hombres.

—¿Cómo sabés que no, si nunca probaste?

Gastón miró a Sergio una última vez, se puso las manos en los bolsillos del jean.

—Te estaba ofreciendo un cigarrillo únicamente.

—Estamos hablando nomás —dijo Sergio, con una sonrisa burlona. Creía que su respuesta era muy ingeniosa.

—Ajá. Me voy yendo, chau —cortó Gastón, sin darle otra oportunidad para continuar, y se fue caminando bajo la lluvia.

Sergio se quedó un rato parado viéndolo, y llamó un remis. Esta vez sí tuvo éxito.

—Estaba en casa, te juro —prometió Jenni.

—¿Quién te pensás que sos que no me contestás los mensajes? —le espetó Dilan.

La mano de él estaba detrás de su nuca, casi por agarrarla del pelo. Pensó que iba a besarla, pero no.

Está bien, me lo merezco un poco. Es mi novio y no le contestaba, se dijo ella mentalmente.

Él ahora sí apretó los labios contra los de ella, forzando la lengua dentro de su boca.

—Más te vale, ¿eh? Si me llego a enterar que estuviste hablando con alguien más, ya sabés... —le dijo, cuando se detuvo. Luego se alejó y se sentó en el sillón.

Estaban en la casa de Dilan, pero no solos, sino con sus amigos, su “banda”. Parte de esta al menos, cinco en la cocina, los otros tres en el patio fumando.

—Pasó algo la otra noche —dijo Jenni. Dilan abrió los ojos—. No, no eso. Me atacaron.

—¿Quién?

—No sé, los de Machete creo —se le secó la boca—. Trataron de... creo que me querían... no sé, pegar...

No pudo completar la frase. Había hablado con sus amigas primero, pero evitando la palabra. Aquello definitivamente no le pasaba a chicas como ella, algo que su entorno siempre se encargaba de recordarle.

Dos de los amigos de Dilan se rieron. Uno le quiso susurrar algo al otro, pero se oyó con claridad: “¿Violar, a esta?”. Y Jennifer tuvo que estar de acuerdo, era gorda, petisa, y no se consideraba exactamente atractiva, lejos de eso, con su cara redonda, nariz puntiaguda y cejas amplias.

Dilan habló.

—¿Hiciste algo para que te quisieran violar?

La pregunta le caló hondo. Ella no había pronunciado la palabra “violación”, pero él la dijo. Entonces ya estaba, ya sería vista como a una chica a la que le pasó “eso”.

—Solo iba a casa. Era de noche. Me estaban siguiendo unos hombres.

—¿Y qué haces acá? —preguntó otro de los amigos de Dilan, el que se creía listo—. Digo, sin ofender, ¿pero cómo saliste viva? Además es de noche ahora, y estás con nosotros. ¿Seguro que te querían violar?

En su mente, Jennifer no pudo evitar sentir impotencia. *Sé lo que dicen. Si te pasa... eso, quedás traumada, sentís miedo a los hombres, a la noche.*

—N-no... no sé. Me atacaron, ¿sí? Zafé. Salí corriendo.

Dilan se levantó y la acarició. Ella trató de sentir su tacto.

—Tranquila —le dijo de forma suave.

La piel oscura de Dilan, sus labios gruesos, sus intensos ojos azules. Jenni trató de encontrar refugio en ellos. *Él es mi novio, no me haría daño.*

—Mirá, no importa lo que haya pasado. Si alguien te toca, lo mato. Te juro que lo mato —le susurró al oído—. Yo y todos acá nos vamos a encargar de ellos, ¿sí? Total ya se la tenemos jurada a los Machete. Ahora, ¿querés que vayamos a la habitación un rato?

No importa que haya pasado, se repitió mentalmente. Ansiaba ser consolada, quería estar a solas con él, pero también de repente quería estar sola. Sin embargo, si decía que no, sabía que él insistiría, así que optó por el sí.

Jennifer había oído varias versiones. Sabía que era un crimen, algo grave, que si el hombre que te amaba se enteraba de algo así, se volvía loco de dolor y rabia, porque era su chica, y entonces nadie podía tocarla. Un hombre queriendo hacerle... eso a una mujer con pareja, enviaba un mensaje claro al hombre: “Si quiero, me puedo coger lo tuyo”.

Pero ella solo quería estar con su novio, encontrar consuelo en él, como se supone que los novios hacían. La incomodidad, la presión, las preguntas, la culpa, la hacían llegar a la única conclusión razonable: era mejor que guardara todo ello en su interior. Así se evita la palabra, y todo lo que la palabra abarca.

Las lágrimas se agolparon de golpe, pero no quiso llorar, no ahí. La frase “No importa qué haya pasado” continuaba haciendo eco dentro de ella. Algo definitivamente se le estaba despertando, pero aún no sabía qué con exactitud. Pensó en cómo ella no pudo decir la palabra, y ellos ni siquiera se inmutaron al hacerlo y, para colmo, en chiste.

Es mejor decir que fue un ataque, una agresión... lo que sea. Que te roben, que te agarre la policía, que te arresten. Porque si digo violación, de repente, es otra cosa. Más humillante, demasiado.

La mente de Jenni estaba de todo, menos tranquila.

Al día siguiente, el viento agitó las hojas que se encontraban desparramadas por el paisaje. Algunos seres vivos empezaron a emerger de sus escondites. Empezaron a trabajar para obtener su alimento. Unos volaban, surcando el viento, buscando insectos, semillas, o migas de pan. Otros iban y volvían, tejían creando complejos universos de hilos blancos, por donde otros seres que surcaban el viento caían. Otro grupo, cuya única interacción con el viento era resistirlo, entraban y salían de estructuras artificiales y buscaban su comida allí. Una de estas estructuras estaba repleta de estos seres en busca de un alimento frío. Allí entraba Kamila, cuyo cabello castaño rojizo estaba disparejo debido a las ráfagas. Su piel de cobre y sus ojos oscuros le dieron la bienvenida a su reflejo en el baño mientras se preparaba para la jornada.

La gente conseguía lo deseado y se retiraba. Los tachos de helado debían reemplazarse, y estos no eran precisamente livianos. Con el tiempo Kamila había llegado a tener brazos muy fuertes. Atender a tanta gente cansaba un poco, así que cada descanso era valorado. En un momento, Verónica pasó por ahí con una amiga y compró un batido de frutilla.

De un momento a otro, ya eran las cinco de la tarde. Su turno terminaría en una hora. En ese instante una figura ingresó. Llevaba un vestido negro hasta las rodillas, una campera roja de cuerina y un pañuelo también rojo que le cubría el cabello, al que el viento trató con todas sus fuerzas de arrancar pero no lo logró.

Kamila estaba en la caja registradora cuando la vio. De repente se sintió de quince años de vuelta, y una sensación cálida rodeó su cuerpo. Era su hogar, entrando por la

heladería de Azurduy.

—Kamila —saludó la mujer. A comparación de ella, su piel era levemente más oscura, sus ojos más contorneados y planos y su nariz más chata.

—Tía Manal.

—Quiero un batido de chocolate y un abrazo tuyo, pero el batido primero por favor.

Kamila sonrió. Siempre había admirado a su tía. Reparaba principalmente en su solemnidad. Era una distancia que escondía, de forma traviesa, un inmenso cariño. Hacía demasiados años que estaban separadas.

Primero el batido de chocolate, luego el abrazo. Manal acompañó a Kamila al salir del trabajo.

Las líneas telefónicas, afuera, se mecían con el viento. Un teléfono sonó.

—Ya sé por qué llovió —dijo Revy al otro lado de la línea cuando Teo atendió.

—¿Por qué?

—Manal está en Azurduy. Me envió un mensaje hace un ratito. Teo casi rio.

—Pasó mucho tiempo. Ya era hora de que ese fantasma apareciera.

CAPÍTULO 3

En femenino

Llegaron a la casa de Kamila, un departamento en planta alta que se ubicaba encima de un local de ropa. Manal la había acompañado todo el camino, contándole que acababa de llegar desde España, que estaba en Argentina por una cuestión de negocios y, de paso, visitar a su sobrina.

—Pasa, pasa —invitó Kamila.

La cocina y el living eran un solo ambiente. Un sillón y una televisión de tubo les dieron la bienvenida. La dueña de casa dejó su cartera en la mesa detrás del sillón, que servía también para comer. Abrió la heladera pequeña, de la que se sirvió agua.

—El baño está por ese pasillo, si lo querés usar. ¿Agua?

—No, gracias —respondió su tía. Llevaba un bolso pequeño, donde cabrían algunas pocas mudas de ropa, haciendo evidente que no planeaba quedarse mucho tiempo.

—Me hubieras avisado que venías. Tenés mi número, ¿no?

—Sí, sí. Pero viste cómo soy, decidiendo de un día para el otro. Permiso —Manal se sentó, empezando a sacarse el pañuelo.

—¿Segura no querés algo? ¿Un té o un café? —dijo Kamila mientras acomodaba algunos platos sin lavar en la bacha.

—Capaz un té, cualquier opción me viene bien.

—Bueno, dale.

Kamila observó cómo su tía se sacaba el pañuelo de la cabeza, como si sus brazos bailaran.

—No sabía que podías sacártelo.

—¿No me ves, ahora mismo, con la capacidad de poder sacarme el pañuelo? —respondió la mujer con expresión neutra.

—No, ya sé. Digo, pensé que no. No sé, que no lo tenías permitido —Kamila llenó la pava de agua y la puso al fuego, mientras buscaba las tazas.

—Seguro te habrás dado cuenta de que ningún policía musulmán acaba de irrumpir en tu casa, ni ninguna catástrofe está destruyendo tu ciudad. Sí, tengo permitido sacármelo y usarlo cuando quiera.

Kamila extrañaba tanto a su tía y a su capacidad de lanzar tales comentarios sin que modificara su expresión en lo más mínimo.

—¿Té de boldo está bien?

—Sí, boldo está bien. —Dobó su pañuelo y lo guardó—. Supongo que sabrías que el pañuelo no es un grillete si mi madre siguiera viva.

El agua ya estaba lista. Kamila apagó la hornalla, y suspiró.

—¿Todavía la extrañas?

—Trato de no pensar en ella, de mantenerme ocupada, así que no, honestamente.

La sobrina llevó las tazas y un frasco de azúcar a la mesa y se sentó junto a Manal. La más joven se sirvió dos cucharadas, la mayor seis. Ambas tomaron el té casi al mismo tiempo. La temperatura estaba perfecta.

—Ella trató de enseñarme algunas cosas, sí, pero todo se me desvaneció cuando murió, y Carlos no era musulmán viste. Pero fue un buen hombre, se aseguró que yo estuviera bien cuando ella murió. Me dejó el local de abajo y esta casa, él quería que me mantuviera bien económicamente. Ya van a ser cinco años de su muerte, unos meses antes de que naciera Nahuel, no sé si sabías.

Manal tomó la taza con ambas manos y la puso a la altura de sus ojos.

—¿Tanto tiempo ya? Pensé que había sido más. —Sus ojos se fijaron en el vapor que salía de la taza. Cortinas blancas que bailaban en el aire y desaparecían para siempre—. Siento la necesidad de disculparme. Desde que murió mamá realmente me distancié mucho.

Kamila quiso tomarla de una mano, pero sabía que su tía era de naturaleza distante. No sabía qué tanto le agradecería el contacto físico, así que simplemente bajó su taza y juntó sus manos como en una plegaria.

—Tía, entiendo perfectamente. No te guardo rencor, vos ya hiciste muchísimo por mí cuando era más chica. Sin vos ni siquiera estaría acá, en Argentina, y sin tu madre y Carlos, seguramente hubiera tenido una infancia muy distinta.

Los ojos de Manal se clavaron en ella, esbozó una leve sonrisa y sus ojos se hicieron más pequeños. Una expresión reconfortante, como si dijera "gracias" sin decirlo. Acto siguiente, terminó su té.

—Esperá —dijo, dejando su taza ya vacía—. Me acabo de dar cuenta de que acá falta alguien.

Kamila su puso seria.

—Sí, lo sé. Nahuel no está acá, está con su papá.

—Oh, ¿cuándo vuelve?

Tardó unos segundos en responder. Se oía la lluvia caer afuera. El viento hacía que las gotas golpetearan las ventanas del lugar. Largó su respuesta con un suspiro:

—No lo sé. No sé cuándo va a volver mi hijo.

Las lágrimas empezaron a asomar, pero las contuvo. Manal estaba congelada en el lugar.

—Mirá, es una larga historia. Te la cuento mañana, ¿sí? Ahora estoy reventada, quisiera dormir. Si querés podés dormir en mi cama, y yo duermo acá en el sillón.

Manal trató de respetar su silencio respecto al tema, así que le siguió la corriente.

—Bueno, si no es mucha molestia.

—Pff, ¡para nada!

Ya era medianoche cuando Manal dormía en el dormitorio de Kamila, sus últimos pensamientos fueron dirigidos a la habitación adyacente. La casa tenía dos habitaciones, una para Kamila, la otra para su hijo, pero la habitación permaneció cerrada ya que prefirió dormir en el sillón que allí. Se preguntó cuánto tiempo habría transcurrido desde que Nahuel no dormía en la casa.

Mientras Manal sucumbía al sueño, Kamila lloraba silenciosamente en el sillón.

Afuera seguiría lloviendo hasta la madrugada, variando la intensidad. Cuando el sol salió, la ciudad brillaba. La humedad, sin embargo, seguía presente en el ambiente, para malestar de mucha gente. Era como bañarse y no sentirse limpio después, como si algo faltara, o fuera insuficiente. O al menos eso pensaba Luca en el colegio, sin prestar mucha atención a su entorno inmediato. Se sentía un poco ansioso por el compromiso que tenía esa tarde.

El sol había llegado a la cima máxima y ahora comenzaba a bajar. Luca ya estaba en camino.

No se sentía particularmente cómodo en la quietud. La postura de jinete, de montura

de caballo, o *ma bu*, como le había dicho el maestro Catriel, era una pesadilla para mantenerla.

El maestro Catriel no paraba de corregirles: la espalda debía estar recta y los puños cerrados y apoyados sobre la cintura. Separar piernas a una distancia de doble ancho de hombros. Los pies paralelos, los dedos de los pies mirando hacia adelante, las piernas debían estar flexionadas hasta que las piernas casi formaran un ángulo de 90° grados. Esa era la parte difícil, porque a causa del dolor instintivamente subía un poco, solo para que el maestro apareciera y lo obligara a bajar.

Había otros nueve alumnos además de Luca, tratando de mantener la misma posición. Unos lograban una postura impecable, otros temblaban. Todos estaban formados y miraban hacia el frente, donde estaba quien Luca creía al principio que era otra alumna, pero al parecer era una instructora. No parecía serlo porque no vestía como el maestro, que se paseaba alrededor del grupo corrigiéndoles, usando una chaqueta y pantalones negros de seda.

El maestro gritó unas palabras en chino y la instructora estiró su brazo derecho hacia adelante, a gran velocidad.

—Ustedes la tienen que seguir —ordenó.

La instructora cambió de puño, juntó los pies manteniendo la misma altura en la que la había dejado la posición de jinete. Rotó el cuerpo y movió los brazos mientras hacía lo que a Luca le parecía una danza. El maestro pedía que lo hiciera de vuelta. Repetían los mismos movimientos una y otra vez. En un momento Luca se preguntó para qué serviría todo eso. Tal vez se había equivocado, tal vez esperaba otra cosa.

Cada tanto el maestro lanzaba un grito y la instructora pausaba. Era ahí que él corregía a alguien en su postura, pero no daba detalles del motivo.

En un momento corrigió a Luca y no pudo contenerse en preguntar.

—¿Por qué?

—Porque la forma es así, piba. Continúen.

Luca quiso corregirlo. *Pibe, soy un pibe*. Pero no lo hizo, y se cuestionó porqué.

Sus piernas estaban cansadas y se estaba frustrando mucho.

Piba.

Le había dicho al maestro ni bien entró quién era, cuál era su nombre. Su presentación ya casi ensayada: "Hola, soy Luca, soy un pibe del barrio oeste". ¿No había sido claro? O tal vez se estaba burlando de que hubiera usado la palabra "pibe". El hombre le preguntó, como si no hubiera escuchado, "¿De la villa?". Repitió que era del barrio oeste, que en realidad estaba al lado de la villa.

Preguntó por la clase, de qué se trataba, y si podía probar. Le dijeron que aprendería fuerza, resistencia, a poder defenderse, a poder llevar la práctica marcial a su vida cotidiana, que mejoraría su salud, que era un estilo clásico. Que si quería probar podía pagar una clase.

Ya estoy acá.

Luca pagó, aunque no hubiera recibido una respuesta lo suficientemente específica. Le dijeron que fuera mañana a la tarde.

Y ahí estaba. Al llegar preguntó dónde podía dejar sus cosas y le señalaron el pasillo que daba a los cambiadores y al baño, donde había unos ganchos con camperas ya colgadas. Él ya había venido cambiado, solo tenía que dejar sus cosas. No quería tener que enfrentar la incomodidad del cambiador. Ya estaba haciendo un gran esfuerzo estando ahí.

Cuando terminó la clase, Luca solo pensó: *Qué ganas de salir corriendo que tengo*. Hicieron un saludo que consistió en envolver el puño izquierdo con la mano derecha frente al pecho y luego aplaudir tres veces mientras repetían una oración en chino, que significaba

algo así como "Gracias maestro". Pero él no tenía muchas ganas de agradecer, ni siquiera si fuere en otro idioma. Las piernas le temblaban. Mientras todo el mundo salía del tatami él se sentó en uno de los sillones del enorme lugar, dejó los brazos apoyados sobre las rodillas y se inclinó hacia adelante, dejando caer la cabeza.

La instructora se acercó a él.

—¿Y, te gustó la clase?

Luca se estaba preguntando eso mismo.

—Y... cansadora —se dignó a responder.

—Tranquila, se vuelve más fácil con el tiempo.

—Tranquilo —corrigió él, sin levantar la mirada.

—¿Perdón?

—Tranquilo, con "o", soy un chico —aclaró.

La chica se quedó en silencio un momento. *Le hice estallar el cerebro*, pensó Luca.

—No, no lo sos —dijo ella arrastrando las vocales. Casi fueron un mugido: "Noooo, noooo looo soos".

—Bueno, listo. Me tengo que ir —respondió él incorporándose y buscando sus cosas.

No quería ver ni hablar con nadie más. Se fue casi sin saludar.

Caminó mirando al piso, esquivando los charcos de la lluvia del día anterior. Pasó por una plaza y pensó en que quería correr y trepar, pero todo estaba demasiado mojado, y parecía querer llover de vuelta.

¿Había cometido un error? Tal vez no tenía aun la suficiente energía para esto. ¿Se haría más fácil si siguiera volviendo? ¿Se animaría a tener que dar las mismas explicaciones?

Un patrullero lo paró, le preguntaron hacia dónde iba, de dónde venía. Sintió nervios cuando dijo que venía de hacer artes marciales y le pidieron el DNI. Lo dejaron irse. De repente se sintió muy apesadumbrado. Llegó a su casa y se metió en su habitación. Ahí, la perra estaba acostada en su cama. Luca le hizo cucharita. Esta movía la cola, golpeándole la rodilla.

Los perros te aceptan como sos. Los ojos de Luna nunca me juzgaron. No me importa su capacidad de razonar, si razonar significa incapacidad para aceptar al otro. Hundió su cara en el cuello de Luna. No voy a llorar, no voy a llorar.

Después de un rato se sintió incómodo y se levantó para buscar la faja. Se la había sacado porque no era recomendable que hiciera deporte con la esta puesta. *Seguro si hubiera ido fajado se hubieran acordado de que dije "pibe"*. Se sintió más incómodo.

—Bueno basta, ¿todo el día me voy a sentir mal por eso? Ya fue —intentó mentirse Luca—. No voy más a ese lugar, ¿escuchaste Luna?

Luna empezó a revolcarse salvajemente sobre la cama, llenándola de pelos.

Claramente habría que cambiar las sábanas... después. Luca no tenía ganas de eso ahora, ni de ordenar la ropa que había dejado abandonada sobre la silla, ni de abrir la mochila, ni de tirar la botella de Pepsi que estaba en una esquina. Fue al baño a tratar de ponerse el septum de vuelta, pero tenía las manos un poco temblorosas y no lo consiguió. Frustrado, dejó la pequeña argolla, al lado de su cama. Se fijó en el celular y vio que tenía mensajes de sus amigos.

"Tortas fritas y mate, quién se prende?"

Luca, por supuesto, se prendía.

El viento frío recorría la ciudad, llevándose consigo las hojas y la suciedad urbana,

haciendo ecos en los charcos que aún quedaban en la ciudad. Un pájaro que estaba en el techo de Luca desplegó sus alas y se dejó llevar por la corriente de aire, planeando cada vez más y más alto. En instantes, ya estaba fuera de la ciudad con alma de pueblito. Finalmente, se posó en otro techo.

Este techo era diferente a los que había en la ciudad. Se curvaba levemente hacia dentro, y rodeaban toda la estructura formando un octágono. Ese hogar era una suerte de torre, que se hacía menos robusta al ganar altura.

En su interior vivía Rebecca, con las ventanas y las cortinas cerradas. Las luces apagadas. Tenía los ojos cerrados, los había mantenido así por largo tiempo. Sus manos estaban relajadas y sus brazos se levantaban como si sus muñecas pendieran de unos hilos invisibles. Su respiración era suave, regulada cuidadosamente, hundiendo la panza cuando inhalaba y expandiéndola cuando exhalaba. Sus manos hacían vueltas en círculo mientras rotaba la cintura.

Y después el grito.

Ella no se permitió abrir los ojos, sin importar cuánto quisiera hacerlo. No se lo permitiría, no sería vencida. Relajó el cuerpo, y comenzó desde el principio.

¡Ayuda!

Apretó los labios y se dio cuenta de que no se encontraba relajada. Entonces lo hizo, y comenzó nuevamente.

Me llamo Rebecca, por favor alguien ayúdeme... No, no, por favor, no más, ¡no más!

No pudo evitar abrir los ojos, encontrándose con la oscuridad de la casa, y con el suspiro del viento de afuera. Se llevó las manos a la cara.

—Está en el pasado, está en el pasado —se dijo a sí misma.

Días como esos eran los peores. Sus propios gritos eran, a veces, ensordecedores. Afuera podría estar rugiendo la tormenta más devastadora de todas y el sonido no podría ser más fuerte que los que estaban en su mente.

Fue hacia una ventana y abrió las cortinas. Admiró el paisaje. Entre la casa y Azurduy había un campo enorme. Las nubes en el cielo bailaban con el viento junto al sol, era algo hermoso.

—Dale Revy, vos podés.

Intentó hacer los movimientos nuevamente. Esta vez, quería al menos terminar una forma sin cerrar los ojos. Ya estaba a la mitad cuando, en un instante fugaz, se vio a ella mismas reflejada en un espejo. Su cara estaba llena de sangre y gritaba sin poder abrir la boca.

—¡AH!

Lanzó un grito escueto, como si descargara toda su energía y rabia en la acción. El viento le pegó en la cara de repente. Había atravesado la ventana con el puño y ahora había un agujero en el vidrio.

Miró la ventana por unos momentos con la respiración agitada. Finalmente largó un suspiro.

—La puta madre —insultó.

Las nubes se deformaban a toda prisa, y el sol luchaba por tocar la ciudad. Algunos rayos de luz golpeaban en algunas casas y calles dándoles brillo. En la cuadra de Verónica, las calles y las hojas de los árboles parecían de oro.

Ella llegaba a su casa luego de entrenar otra vez. Había practicado posiciones de

guardia y cómo moverse, por lo que estaba cansada y deseaba ducharse.

Al llegar saludó a su padre a la distancia. Este no respondió, estaba en el living mirando sus viejos videos de boxeo como tantas otras veces, mientras hablaba por teléfono, más bien gritando, sobre algo de una mesa inversora. Ella simplemente fue hacia las escaleras, una vez en la planta alta llamó a su madre, con un enérgico "mamááááááá".

Su madre salió del baño con lentitud. Verónica se dio cuenta de que algo pasaba, a pesar de que la había recibido con una sonrisa.

—Hola, mi amor, vení, dame un abrazo —le dijo.

Ella obedeció. Sus pelos rubios se mezclaron con los de su madre en un abrazo intenso, como si fuera un tesoro que no quería que se le escapara. Pocas veces su madre la había abrazado así, y era cuando discutía con su padre.

—¿Ma, estás bien?

—Vení, te quiero mostrar algo.

Ambas se encerraron en el baño. Su madre cerró la puerta desde adentro.

—¿Confías en mí?

—Sí —respondió ella sin dudarlo.

—Bueno, fui a la doctora hoy... me dio ciertas instrucciones. Desabrochate el corpiño.

—Bueno, ¿para?

La frase "fui a la doctora" se quedó atrapada en su mente.

—Te va a parecer raro. Mirá, hablé largo y tendido con la doctora, y... solo confiá en mí, ¿sí?

—¿Qué hablaste? —cuestionó mientras se sacaba tímidamente el corpiño. Pocas veces había estado en tetas frente a su madre.

—Tranquila, no seas tímida. Siempre te hemos dicho que guardes tu... pudor. Pero me doy cuenta de que no tiene que ser tan así. Tranquila, yo también tengo tetas, y lo que te voy a mostrar ahora, quiero que por favor lo recuerdes siempre, ¿sí?

Verónica empezaba a preocuparse pero obedeció a su madre, como siempre lo había hecho.

—Bien, vení. Parate frente al espejo con las manos en las caderas. Así, bien. Ahora mirate bien. Mirate bien y buscá cualquier cambio en la piel o los pezones, hinchazón o enrojecimiento, o alguna hendidura. Andá palmeando despacito. Ahora poné las manos sobre la cabeza y fijate si cambia el contorno. Prestá atención. Ahora, usando los tres dedos medios, movelos en espiral empezando desde la zona de la axila hacia abajo, pasando por debajo del seno, avanzando hasta cubrir toda la teta y llegando al pezón. En espiral, así. Revisá bien la zona de la axila y la parte de arriba del pectoral. ¿Sentís algo?

—No, nada. ¿Qué tendría que sentir?

—Si percibís algún bulto, o algo raro, andá a ver a tu ginecóloga, ¿sí?

—Ma... ¿qué pasa?

Su madre le puso el corpiño nuevamente y, por un instante, recordó cuando le cambiaba los pañales a su hija. Una lágrima se quiso asomar, pero ella se la limpió enseguida.

—Me lo enseñó la doctora. Quise memorizarlo, quiero que te lo hagas regularmente, ¿sí? O que vayas a la ginecóloga —suspiró—. Esto es un autoexamen para la detección de cáncer de mama.

Verónica lo entendió.

—Ma, ¿tenés cáncer de mama?

A través del espejo, Verónica vio a su madre asintiendo. El abrazo y las lágrimas que

siguieron después se volvió eterno, y ambas así lo quisieron. Querían tener ese momento para ellas, sin soltarse, y sin dejar de llorar.

Afuera, el cielo lloraba con ellas.

—Quisiera que dejara de llover —dijo Catriel mientras Teo se sentaba frente a su escritorio—. Viene menos gente cuando llueve.

—Ya sabés que no me gusta hablar del clima.

—Sí, y gracias por venir. Aunque dudé un poco, considerando cómo te fuiste.

—Vos dijiste que tenías que hablar conmigo. Acá estoy.

Catriel miró a su viejo amigo con expresión de cansancio, como si de un impuesto de la luz se tratara. La piel oscura le contrastaba con el uniforme blanco impecable. Las gotas de agua que caían en la ventana se proyectaban como sombras grises sobre su nariz chata, ojos achinados, mejillas prominentes y su cabello negro de corte estilo militar.

—Ya está el mate —dijo una voz aguda detrás de Catriel, dejando el mate sobre la mesa.

—Gracias, Sol —respondió él, sin dirigirle la mirada. Ella se retiró y él se sentó.

—Sol ha estado progresando mucho —dijo mientras servía el mate.

—Estoy seguro de que sí, siempre tuvo mucho potencial.

—Es una lástima que nos hayas abandonado, a ella le vendría bien aprender de tu tenacidad.

—Siempre puede ir a mi escuela, y le enseñaría ahí.

Catriel se quedó en silencio, mientras el mate intercambiaba de mano. Teo le sintió un gusto muy amargo, aunque no sabía si se debía, en parte, al encuentro.

—Sigo sin entender muy bien el porqué de la necesidad de otra escuela. Fundamos esta los tres juntos. ¿Cómo está Rebecca?

Así era Catriel, metía una pequeña puñalada antes de inmediatamente cambiar de tema. Teo eligió responderle a todo.

—Sabes que a ella no le gusta que le digan así. Sabés porqué me fui, nuestros métodos de enseñanza son muy diferentes, y también vos y yo lo somos... nos volvimos muy diferentes.

—Todo el mundo es diferente, no puedes creer que todos tenemos que ser como vos.

—No es lo que creo. Si creyera eso, tendría que matarte —dijo esbozando una sonrisa, pero Catriel no se rio. Se acercó a él y susurró:

—No me da gracia, sabiendo muy bien que ya lo has hecho antes.

Otro silencio. Esto congeló a Teo. Mientras, el otro volvía a su silla. Su cara era seria, pero mostraba cierta satisfacción, con los ojos entrecerrados como diciendo “no me hagas hablar”.

—Tranquilo, sabés que nunca diría nada —aclaró Catriel, mientras le daba otro mate.

—Revy está bien, o lo más bien que ella puede estar, vos sabes —devolvió el mate y se aclaró la garganta—. ¿Sabés por qué se fue de acá?

—Pues... por lo que le pasaba, lo que le pasó en la India.

—Dejame interrumpirte ahí, porque si bien fue parte, esa no es la verdadera razón. Ella se fue porque la ponías incómoda. Sos muy estricto, muy mandón, y muy malhablado.

—Ella debería ser la que me lo diga, no vos.

Catriel se quedó quieto. Su cara mostraba enojo, aunque considerando que su cara siempre se veía así, no había mucha diferencia.

—Lo sé, pero considerando que ella nunca vendría, y sabiendo que no le molestaría que te lo dijera, te lo digo yo, porque comparto su opinión.

—¡Bien! —gritó Catriel—. No seré la persona que ustedes quieren que sea, pero no es profesional irse por eso. ¡Sol!

La instructora regresó a la brevedad.

—Traé lo de Teo, está en el depósito de atrás.

—Enseguida —y se fue nuevamente.

—¿No podías traerlo vos? —le preguntó Teo.

—Yo soy el maestro, soy su superior.

—De eso hablaba justamente.

—Y lo digo de vuelta, no es profesional —dijo Catriel, cerrando la tapa del termo, a pesar de que aún contenía agua.

—Nuestra relación nunca fue profesional. Los tres éramos amigos. Después comenzaste a mostrarte de otra forma cuando empezamos esta escuela. Después Revy se fue, y empezaste a tener otras ideas. No es solo tu manera de ser, sino tu manera de enseñar.

—Así es como siempre se enseñaron las artes marciales. Siempre se hizo así. No es necesario responder las preguntas de los alumnos o hacerlo más "accesible" como decías vos. Paciencia y práctica: así aprendimos nosotros dos.

—Solo porque algo siempre se hizo de una manera no significa que eso no pueda cambiarse.

—La gente viene a aprender como se enseñó siempre.

Teo se levantó de la silla y apoyó sus manos sobre el escritorio.

—La gente paga demasiada plata para copiar a alguien que hace algo una y otra vez, sin entender por qué. Y quienes tengan más tiempo lo practicarán y leerán, pero aquellos que no tienen el tiempo o la plata no lo podrán hacer.

—No es nuestro problema.

Catriel también se había levantado.

—Lo es, cuando nuestra práctica se convierte en algo elitista. Catriel se le quedó mirando, como si no entendiera nada.

—¿Te creés alguna especie de justiciero haciendo que nuestra práctica sea más barata y más simplona? Tus alumnos, si es que los tenés, no harán artes marciales, harán golpes y patadas, pero no lograrán llegar más allá de eso.

—Si tanto te preocupa eso, no te preocupés, no les voy a enseñar lo que vos enseñás.

—¿Y qué enseñás entonces?

—Algo nuevo.

—¿Algo nuevo? ¡Ah, bueno! Siempre fuiste idealista, pero no creía que tanto —Sol llegó con una caja en manos—. Gracias, Sol. Estas cosas son tuyas. Quedaron acá. Algunos libros y una carta de nuestro maestro superior, llegó hace unos días.

—¿Una carta?

—Sí, una carta. Me llegó una a mí también. No es nada grave, solo nos cuenta cómo y dónde está. No le conté nada sobre nuestra separación. Quería saber si querías que se lo dijera o si se lo vas a decir vos.

Teo tomó la caja y revisó que todo estuviera allí.

—Díselo. —Acto seguido sacó un adorno, era un círculo de cerámica con el yin y el yang grabado—. ¿Te acordás de esto, no? Vos me lo diste cuando abrimos esta escuela. "Todo cambia" me dijiste.

—Sí, lo recuerdo —dijo Catriel, relajándose. La furia había pasado.

—Bueno, eso es lo que estoy haciendo. Cambiando. De eso se trataba el Tao, ¿o te olvidás de lo que nos enseñaron nuestros maestros?

Teo guardó el adorno en la caja, y salió por la puerta.

—¡No tienes por qué hacer todo lo que te dice, Sol! —gritó sin mirar atrás.

Ya que no podía hacer una simple forma, Rebecca se limitó a tratar de meditar.

Puso música relajante desde la computadora, colocó dos inciensos a su alrededor y una manta en el piso, frente a la puerta que daba al exterior. El clima, si bien era ventoso, le parecía poético e inspirador. Buscaba calmar sus pensamientos.

Se sentó con las piernas cruzadas, las manos sobre las rodillas y cerró los ojos.

Comenzó a respirar por la nariz con la boca cerrada, inhalando y exhalando profundamente. Cuando inhalaba, inflaba el abdomen, cuando exhalaba, lo contraía. Estuvo así un buen rato, tratando de concentrarse solo en la respiración. Luego comenzaron a dolerle los hombros y la espalda, así que se acostó dejando las rodillas flexionadas.

Trató de seguir respirando, pero el hecho de tener los ojos cerrados empezó a darle pánico. Comenzó a escuchar sonidos a su alrededor.

Solo es el gato, respirá.

Pero le costaba, el viento afuera sonaba a un lamento y la casa comenzaba a crujir con sonidos de huesos rompiéndose. Por un segundo aterrador, ya no estaba en su casa, estaba sola y perdida. Las lágrimas comenzaron a agolparse en sus ojos.

Tuvo que parar.

Tomó el porta-sahumerios y lo tiró hacia afuera con rabia. Se quedó en el piso abrazando sus rodillas. El gato fue hacia ella y se sentó a unos centímetros, mirándola y ronroneando. Ella sacó un brazo y lo acarició en la cabeza, sin dejar de abrazar sus rodillas con el otro brazo. Miró hacia afuera, hacia las nubes, hacia el horizonte, hacia el pasado. Se sentía patética, pero se repitió a sí misma: *No soy patética, no soy patética, no soy esto, no lo soy, no soy lo que me pasó.* Sin embargo, las palabras sonaban vacías, volando en el aire y siendo llevadas por el viento, que anticipaban otra tormenta.

De repente vio a lo lejos un auto que se acercaba. Revy se esforzó para ponerse de pie, usar la máscara de cortesía para quien sea que estuviese viniendo.

Quién bajó del auto era el pasado.

Hablando de... pensó ella esbozando una sonrisa, una auténtica.

—Cuánto tiempo —dijo Manal, acercándose a la propiedad.

—Ya era hora che, vení que preparo el mate.

—Veo que se te pegó esa costumbre argentina —comentó Manal entrando.

Ya era de noche y el viento comenzaba a amainar, Kamila no estaba segura de si habría una tormenta al final o no. Ya estaba por cerrar, no sabía si su tía vendría, le había enviado mensajes pero no recibió respuesta. De todas formas cerraría, ya no quedaba casi nadie en el local mientras daba vuelta el cartel de ABIERTO a CERRADO. Se preguntaba si se quedaría afuera del local esperando a que ella llegara. ¿Dónde podría estar?

Se acercó a la única mesa que no estaba despejada, donde quedaban dos hombres que habían entrado hace un rato. Uno con una campera negra y otro de buzo rojo.

—Disculpen, ya estamos por cerrar.

—Listo, gracias —respondió uno.

Luego fue hacia el mostrador mientras los hombres se levantaban. Uno fue a la puerta y se quedó ahí, el otro fue hacia Kamila y sacó un cuchillo de su campera.

—Abrí la caja y danos todo —dijo con voz tranquila pero firme. Ella se quedó petrificada—. ¡YA! —gritó.

Ella saltó del susto y se quebró en llanto.

El hombre apuntó el cuchillo directamente a la cara de Kamila.

—Callate y dame todo, rápido —El tono del hombre se volvió impaciente. Ella se quedó quieta un interminable segundo, pero luego se movió hacia la caja registradora. La tocaba casi con miedo, como si estuviera ardiendo, como si los billetes dentro fueran brazas.

—Tu cartera también.

—P-por favor, te voy a dar la plata pe-pero no te puedo dar todo, tengo que darle de comer a mi hij...

De repente se escucharon golpes en la puerta. Era Manal, se la veía a través del vidrio.

El de buzo rojo, quien no se había movido de la puerta, la miró.

—Está cerrado.

—Mi sobrina trabaja acá, ¿me podés dejar pasar? —respondió ella. Entonces pudo ver a Kamila a lo lejos, vio su mirada y a los hombres y enseguida entendió qué estaba pasando, a pesar de que no pudiera ver el cuchillo.

—Ella sale después —respondió el de buzo rojo.

—Ah, está bien —respondió Manal—. Díganle que vuelvo en un rato entonces, voy a dar una vuelta.

—Ya le digo, chau —dijo “Buzo rojo” antes de darle la espalda. Manal desapareció por la calle.

—La plata, dale —apuró “Campera negra”.

—Fue a buscar a la policía seguro —dijo el otro—. ¡Matala porque está haciendo tiempo nomás!

—¡No, no, por favor! —Kamila empezó a gritar.

—¡Callate! —gritó “Campera negra” en un susurro feroz. Empezó a trepar por el mostrador y ella, aterrada, se alejó.

Repentinamente la puerta del local se abrió de un golpe, el cartel de ABIERTO/CERRADO voló por los aires, y, moviéndose rápidamente hacia “Buzo Rojo”, estaba Manal. Su pañuelo amenazaba con salir volando.

El hombre quiso llevar su mano a algún bolsillo, probablemente para buscar algún arma, pero no importó porque Manal tomó su brazo y empezó a golpearlo en la cara repetidamente con su puño lleno de anillos relucientes.

“Campera negra” miró por unos segundos la escena y luego se giró hacia Kamila, que intentó huir. Él se abalanzó hacia ella y logró aferrarse del tobillo, logrando que esta cayera. Estuvo por hacerle un corte en su pierna, pero Kamila comenzó a patearlo frenéticamente en la cabeza mientras gritaba.

Manal aventó la cara de “Buzo rojo” contra una de las mesas, casi quebrándola en el proceso y corrió hacia el mostrador. Kamila pudo liberarse finalmente de su atacante, quien la soltó, pero se incorporó y se dirigió hacia ella apuntándole con el cuchillo. Ella trató de levantarse desesperadamente mientras miraba de frente a su asaltante. Tomó una de las cucharas gigantes para helado y con todas sus fuerzas logró desviar la trayectoria del cuchillo. Después movió su brazo en dirección contraria y lo golpeó en el ojo.

No fue suficiente, ya que el asaltante de campera negra estaba por atacar una vez más cuando Manal saltó con una pierna extendida, lanzando una patada que acertó al hombre en

la cabeza e hizo que se estrellara contra la pared. Si su cabeza hubiera estado un poco más arriba hubiera destruido el vidrio donde estaban grabados los sabores de helado.

Manal aterrizó detrás del mostrador sin problemas. El asaltante no parecía tener voluntad de moverse. Por las dudas, la mujer pateó el cuchillo fuera de su alcance, y luego ayudó a su sobrina a levantarse.

La policía tardó en llegar. Encontraron a los dos hombres apenas conscientes, atados espalda contra espalda en el suelo. Estaban sujetos con el pañuelo de Manal. Kamila estaba sentada junto a la mesa donde habían quedado rastros de la cara del hombre de buzo rojo.

—Hey —Manal se acercó a Kamila mientras se llevaban a los hombres—. No te voy a preguntar si estás bien, pero ¿necesitas algo?

La chica solo se miraba las manos.

—Solo quiero irme a casa. Quiero ver a mi hijo.

Al decir "hijo" las lágrimas empezaron a salir. Manal abrazó a su sobrina, pero esta no lloró más.

—Por cierto, la puerta estaba abierta, no tenías que patearla —dijo Kamila.

Manal largó una tímida risa.

CAPÍTULO 4

Luna en cáncer

Mientras la luna crecía a medida que pasaban los días, más ansioso se ponía Gastón, que solo pensaba en la pelea. Había estado entrenando todos los días a lo largo de la semana. Se había dedicado a, como él la llamaba, la parte fuerte: golpes, patadas, furia. Toda la parte suave la entrenaba con Teo: desplazarse, equilibrio, registro corporal, y demás cosas que en una pelea (una real) no tenían importancia.

El sol empezaba a salir, y su luz envolvía tímidamente a la luna otorgándole un aspecto traslúcido en el cielo, tras los edificios. Gastón la perdía de vista cada tanto mientras trotaba aquella mañana. Siempre corría ocho kilómetros cuando podía, atravesando la plaza Evita, rodeando la defensa donde estaba asentada la villa y luego volviendo por la costanera.

Cuando llegó a su casa fue a ducharse pensando en Verónica, la chica que iba a entrenar con Teo. Pensaba en su cara, en sus ojos, en su cuerpo... de repente empezó a sentir una urgencia generada por su cuerpo, pero su teléfono empezó a sonar y tuvo que interrumpir su baño. Era su entrenador.

Gastón casi se quedó sin aire al atenderlo. Odiaba esperar y odiaba hablar por teléfono. El mero *ringtone* ya hacía que se le acelerara el corazón. Pero cuando el entrenador habló, su pulso incrementó aún más: mañana era la pelea. En un momento su entrenador le preguntó si estaba listo.

—Lo estoy —respondió, con toda la seguridad que su propia inseguridad le permitió.

Su corazón bombeaba a tal velocidad que tranquilamente su energía podría alimentar una ciudad entera. Eran picos de energía que surgían cada vez que su mente, en lo profundo, le preguntaba: “¿Estoy listo?”.

Al colgar, Gastón prefirió secarse y vestirse que a terminar lo que estaba haciendo en la ducha. Sin embargo, cuando se puso la toalla para taparse los genitales, se miró al espejo. Contempló sus ojos, su cabello negro, la barba que tendría que afeitarse. *Qué flojera*, pensó, notó sus músculos, *Soy fuerte, ¿no?*, su abdomen marcado y sus nudillos cubiertos de ampollas. Se sentó en la tapa del inodoro. *¿Llego bien con el peso? ¿Estoy listo? ¿Por qué me cuesta tanto decir que lo estoy?* Sentía que tenía ganas de vomitar.

—Che nene, ¿terminaste ahí dentro? ¿Te estás haciendo la paja acaso? ¡Quiero pasar!
—le gritó su padre al otro lado de la puerta.

Casi. Ni se acordaba de que estaba en la casa, ya había pasado media hora desde que había cerrado la ducha.

—Sí, pa, perdón, colgué.

La luna también se podía observar desde la casa de la amiga de Luca, al otro lado de la ciudad, ya de noche. Luca estaba reunido con ella y dos amigos más. La habitación de ella era una combinación de pósteres de bandas de rock que empapelaba las paredes y repisas de libros cuyos títulos nunca saltaron al estrellato o llevados a la gran pantalla.

Desde la computadora sonaban canciones de Depeche Mode. El aire olía a marihuana, adolescencia y presión social.

—¿Seguro no querés? —le preguntó Azul a Bruno.

Él dijo que no, siendo esta la tercera vez que le preguntaban. Juan Pablo tomó el cigarrillo y fumó. Luca también lo haría, pero solo cuando se lo ofrecieran. A Azul la conocía de la secundaria, antes de que ella se cambiara de colegio, y conoció a Bruno y Juan Pablo a

través de ella.

Luca miraba los carteles mientras escuchaba la música y a sus amigos hablando de cómo se llevaban cada vez peor con sus padres. Si de algo él no quería hablar, era de su relación con ellos. Ya de pensarlo se agobiaba.

Cuando el reproductor de música pasó al siguiente artista, Nirvana, se quedó un buen rato pensando en el nombre. *¿Qué significaba?*

—¿Querés que lo busque? —le preguntó Azul.

—¿Buscar qué?

—Nirvana, recién preguntaste qué significaba.

Aparentemente lo había dicho en voz alta. Azul buscó la definición en su celular, y lo leyó para todos.

—Ejem —aclaró su garganta, como fingiendo ser profesora—. Nirvana: En la religión budista, es el estado supremo de felicidad plena que alcanza el alma y que consiste en la incorporación del individuo a la esencia divina y en la ausencia total de dolor y de deseos.

—Me encanta —dijo Juan Pablo.

—Sin dolor ni deseos —dijo Luca (¿o simplemente lo pensó?)—. Estado supremo de la felicidad. Creo que sé a qué se refiere.

—¿Sí? ¿Por qué lo decís? —preguntó Bruno, que ahora tenía el porro en la mano. En algún momento había aceptado.

—Cuando hago parkour, así me siento, como que... —tenía dificultad para encontrar las palabras. Siempre tuvo dificultad para describir lo que le pasaba interiormente. Se quedó pensando en eso, en cómo siempre se quedaba corto con lo que quería decir.

—¿Como qué?

—Ah, como que... que soy uno con lo que me rodea. Como que, cuando estoy corriendo, todo alrededor mío corre conmigo. Siento el viento y quiero correr hasta alcanzarlo. No sé. Ese es mi nirvana.

—Mi nirvana es tocar la guitarra —dijo Azul. Y siguió hablando, pero Luca comenzó a distraerse debido a la marihuana. Alguien habría dicho algo gracioso en algún momento porque todos empezaron a reír.

—Quisiera una gata para ponerle ese nombre —dijo Juan Pablo.

—Es un nombre masculino —aclaró Azul.

—¿Y qué? —cuestionó Luca—. No hay cosas de hombres. “Nirvana” vendría bien como nombre para quien sea.

—Perdón —dijo Juan Pablo.

¿Por qué se disculpa? se preguntó Luca.

—No importa, a veces también me pasa, pienso en que hay cosas que son de hombres. Como ir a esa estúpida cosa de marcial.

—Ah, contame de eso —pidió Bruno—. ¿Qué onda?

—Me sentí súper incómodo todo el tiempo. No entendía lo que hacían y un montón de veces me trataron en femenino aunque les había aclarado que no lo hicieran.

—Bueno, tenés que entender también que a algunas personas les cuesta —respondió Juan Pablo antes de dar una pitada.

A Luca le empezó a picar el pecho. ¿Hace cuánto tenía puesto el binder? Se había comprado uno por internet, mintiéndole a su madre para conseguir la plata. Ya ni recordaba la excusa que había puesto, y sabía que si no lo recordaba él solo se delataría. ¿Qué era?

Desvariaba, volvió a lo que le habían preguntado.

—Pero a mí me cuesta también, y lo que pido es muy simple me parece. Si supieran escuchar, nadie la pasaría mal. Digo, ¿a ustedes no les cuesta, no?

Luca no sabía si quería saber la respuesta a eso, y tampoco sabía si realmente había habido una pausa desde que preguntó hasta que le respondieron.

—No, para nada —respondieron Azul y Bruno.

—A veces sí —dijo Juan Pablo, y él se sintió incómodo otra vez.

—Me quiero ir —dijo Luca, finalmente.

Juan Pablo fue a su lado.

—Hey, no, pará. —Se veía fatal, con los ojos totalmente rojos y obviamente estaba teniendo dificultad para pensar—. No te vayas che, no te lo tomes a mal, además estás re drogado y no da que te vayas así a tu casa.

—Me lo voy a tomar como yo quiera.

Azul y Bruno estaban callados, mirando la escena sin saber si debían intervenir.

—Bueno, porfa, escuchame antes, después podés hacer lo que quieras.

Luca se cruzó de brazos y se recostó sobre la pared, sin mirarlo.

—A veces me cuesta dije, sí, pero no quiero que me cueste. Me caés re bien chabón, y nunca te quisiera lastimar, ¿sabés? Así como vos decías recién que no había cosas de hombre únicamente, yo también estoy tratando de sacarme toda esa bola de prejuicios. — Se quedó tildado por un momento. *¿Para qué mierda fumamos?* se preguntó Luca en un momento, mientras esperaba a que Juan Pablo volviera—. Además me encanta correr con vos, porque posta chabón, saltás y corrés como si hubieras nacido haciéndolo.

Luca comenzó a reírse, a reírse mucho. Juan Pablo no supo qué hacer, pero eventualmente se tentó. Bruno y Azul comenzaron a reírse también.

—Perdón —dijo Luca—, pensaba qué loco sería que en vez de clasificar a las personas por sus genitales, clasificaran a las personas por si pueden hacer parkour o no.

—Seguiríamos siendo una minoría oprimida, por los sedentarios —dijo Azul.

—Auch nena, igual sí...

—Che, cuando dijiste eso de cosas de hombres y lo de arte marcial, ¿qué querías decir? —le preguntó Bruno.

Luca se sentó en el piso. Juan Pablo lo imitó y se sentó a su lado, convidándole una pitada, la cual él aceptó.

—Ustedes saben lo que me pasa en el colegio. Y, nada, tuve la tonta idea de que podría ser más hombre si aprendía a pelear. Ya sé, ya sé, una boludez.

—Supongo que es bastante obvio que ya no vas a volver —dijo Azul. Luca asintió con la cabeza.

—Capaz vaya a un gimnasio, mejor. Pero no sé.

—Luqui —le dijo Juan Pablo—, no necesitás pelear o tener músculos para ser hombre. Mirame a mí, tengo pocos músculos, miralo a mi papá por ejemplo, re flaquito es. No tenemos por qué ser Ryan Reynolds.

—Ya está Juan, ya lo sé. Ambos tenemos que desprendernos de la mierda y de los prejuicios.

Los cuatro se quedaron “colgados” otra vez, y en un momento comenzaron a reírse.

—Tengo una idea —dijo Juan—. Azul, traé el equipo de maquillaje.

—¿Quéééé? Nah —rebuznó Bruno—, tampoco la pavada.

—Cagón —dijo Juan Pablo. Azul no tardó en sacar el equipo de maquillaje.

—O te maquillás o te vas —declaró la chica con aire solemne.

No hay cosas de hombres, pensó Luca, mientras veía que el lápiz labial y el rímel

hacían que Juan Pablo le pareciera muy atractivo.

La luna llena se veía traslucida a la mañana siguiente. Kamila y Manal estaban desayunando en silencio. Manal estaba insegura sobre cómo tratar a su sobrina desde el día del ataque. Esperaba que, eventualmente, con cariño y paciencia, pudieran hablar de ello.

Mi sobrina es orgullosa, sé que llora todas las noches por su hijo, pero nunca lo admitiría frente a mí.

Si aquello tardaba demasiado, complicaría mucho las cosas, no podía quedarse tanto tiempo. Tendría que tomar muchísimas decisiones. *Tampoco quiero sobreprotegerla.*

Kamila miraba la luna por la ventana con aire distraído. Podía sentir los pensamientos nerviosos de su tía. Ya estaba acostumbrada a que todo el mundo se preocupara por ella sin que hicieran nada realmente, y para ser honestos, ya estaba cansada de buscar que los demás pensarán lo contrario. Su tía no había sacado el tema del ataque en la heladería, entonces ella tampoco lo haría.

Después de lo ocurrido solo cerró un día. Le avisó a su jefa, el médico la revisó e hizo su declaración en la comisaría. Y ya, esperaba no saber más nada de esos hombres.

Volvió a abrir la heladería como si nada hubiera pasado. Manal obviamente pagó por la puerta y la mesa que había roto, aunque ni siquiera le pidió ayuda. Y desde entonces, todos los días y todas las noches la acompañaba de casa al trabajo y viceversa.

Transcurrida una semana, y mientras la luna crecía en el cielo, brillando con su luz con cada vez más intensidad sobre la cara de Kamila, no lloró. Pensaba en su hijo, pensaba en cómo lo había mencionado durante el asalto.

—¿Dormiste bien? —le preguntó su tía.

—No realmente. La luna estaba tan brillante que me pegaba de frente y no me dejó dormir aunque haya cerrado las cortinas.

—Si querés podés dormir conmigo en la habitación, sobrina. Esta noche habrá luna llena y menos podrás dormir.

—No necesito que me cuides, tía.

Manal se levantó abruptamente.

—Te equivocas. Sabés muy bien que te equivocas. Deja ya el teatro de niña fuerte.

Kamila la miró extrañada. Al principio sintió rabia, pero después se tranquilizó.

—Tía, no me estoy haciendo la fuerte. En serio, estoy bien.

—Sé que lloras en las noches antes de dormir, que desde el ataque estás muy callada

—Manal se acercó y la tomó de las manos—. Querida, expresa algo o te vas a hacer muy mal.

Ahora mismo quisiera gritar, pensó Kamila.

—Bueno, vos tampoco has dicho mucho. No me dijiste por qué habías llegado tarde ese día, o sobre el hecho de que vos sola casi matás a esos dos tipos. Y para tu información, no he llorado en toda la semana. Ahora soltame las manos, por favor, que voy a juntar las cosas de la mesa, en un rato me voy.

—Blindada —respondió su tía, soltándola—. He estado ocupada con negocios, esto no tiene que ver conmigo. ¿Qué necesitas de mí?

—Solo quiero que me dejen tranquila.

Manal se quedó sentada en la silla de la cocina, viendo cómo su sobrina juntaba las cosas mientras se acomodaba el pañuelo. Estaba empezando a hacer más frío aquellos días.

—Seguro esta noche vas a llorar —dijo Manal, mirando la luna. Las mañanas eran

cada vez más oscuras.

Kamila soltó un suspiro.

—¿Y eso por qué?

—Es luna llena. Así como se están inundando los ríos de Misiones donde viven los yvyra, esta noche tus ojos se van a llenar de lágrimas. La luna llena hace esas cosas.

—La verdad es que no quiero llorar más.

Kamila cerró los ojos y apretó los labios al decir eso. Como si las palabras hubieran escapado de su boca.

—Si es necesario, lo harás. Tengo una amiga como vos, terca, no quiere mostrar ninguna debilidad. Piensa que eso la hace fuerte. Pero, la verdad es, que mientras más intentamos ser fuertes, solo demuestra qué tan débiles somos en realidad.

—No sé si sentirme insultada o no —Kamila se recostó sobre la mesada de la cocina, y le dirigió una sonrisa simpática a su tía. Siempre fue amorosa, pero directa—. ¿Tu amiga también va a llorar esta noche?

—No lo sé, es un caso muy complicado. Le haría bien llorar. Cuando veo la luna, también veo al sol, y eso hace que la noche deje de ser tan solitaria. No importa qué tan oscura y fría es la noche, no importa si puedo llorar o no, la luz siempre está ahí para reconfortarme. ¿Tienes qué te reconforte, sobrina?

—¿Y en las lunas nuevas, cuando la luna no se ve?

—Sigue habiendo luz, pero la tengo que buscar dentro de mí —respondió Manal con una sonrisa.

—Profundo, lo voy a escribir en una taza.

—Mira, a lo que me refiero es... yo tengo donde buscar un refugio, pero veo que vos no tenés eso. El miedo y el orgullo son solo un escondite, no son lugares donde brille mucha luz.

—Mi luz no está acá —dijo Kamila cerrando los ojos, no quería ver la expresión de lástima que posiblemente pondría su tía.

—¿Tu hijo?, sí está. Está en otro país, pero está. Pero incluso aunque lo tengas con vos, seguirías igual de perdida. Estabas asustada cuando lo tuviste, estás asustada ahora, y estarías asustada aunque él estuviera aquí.

—Tengo que ir a trabajar —se excusó mientras buscaba sus cosas.

—Disculpa si fui muy lejos.

—No, está bien.

—Vamos, te acompaño.

—En realidad, quisiera ir sola hoy.

Kamila salió por la puerta, sin recordar si se despidió o no. Tampoco le importó.

Mientras caminaba observaba la luna, y comenzó a despreciarla. Pero después se arrepintió:

¿Mi hijo estará viendo la luna? ¿Será nuestra única conexión?

La luz del satélite se desvanecía al salir el sol, y reflexionó:

¿Acaso ser madre no es lo más importante en la vida de una mujer? Entonces aquellas mujeres que no son madres, ¿no hacen nada importante con sus vidas? ¿Acaso esas mujeres valen menos?

Manal no tenía hijos y no deseaba tenerlos, lo sabía. No quería pensar menos de ella por eso.

La luna casi parecía una esfera de cristal, donde se reflejaban los ojos de su tía y los de su hijo al mismo tiempo. ¿Por qué no se podía ver también ella ahí?

Si no soy madre, ¿qué soy? De repente recordó que su ex marido siempre le decía eso: “Lo más importante para la mujer es ser madre”. La simple idea le causó náuseas.

Por eso te llevaste. Primero te pasaste la vida convenciéndome de que ser madre era mi único propósito, después te llevaste a mi hijo. Qué plan tan macabro. Una cosa así solo podría hacerlo alguien lleno de odio.

La cara de su ex se vio reflejada en la luna, al igual que los hombres que la atacaron una semana atrás. Los vio allí y en las cicatrices de la puerta de la heladería al llegar.

El vidrio de la ventana le devolvió su reflejo. Impotente, débil, sin luz. Pero también vio la cerradura nueva, y en ella su tía. Era fuerte, valiente. Lo demostró aquella noche, supo protegerla.

Quisiera poder haber protegido a mi hijo o a mí misma, de la misma forma en que mi tía lo hizo conmigo.

Suficiente introspección, tenía que trabajar.

—Mira por última vez a tu preciosa luna humana, porque no puede salvarte ahora — gritó la voz desde la computadora.^{vii}

Con un clic, Sergio disparó un portal de salida hacia la luna. Todo comenzó a ser succionado. Sergio se quedó quieto mirando la secuencia. El villano era succionado hacia el espacio y la protagonista siendo salvada por la otra villana del juego.

A Sergio le gustó mucho el discurso de despedida que le daban a la protagonista.

Encontraba especialmente fascinante que la frase: “Pensé que todo este tiempo eras mi peor enemiga, pero resulta que eres mi mejor amiga” fuese casi opuesta a la siguiente: “La mejor solución a un problema es usualmente la más fácil”, con esto, quería decir que podía marcharse.^{viii}

La secuencia final continuaba con una hermosa ópera llamada “Cara mia addio” (Querida mía, adiós), y luego los créditos, que transcurrían con la canción “Want you gone” (Quiero que te vayas) de fondo.

Finalmente, el villano se disculpaba. Pero no importaba ya, puesto que ahora flotaba en el espacio.

Sergio pudo descansar sus manos sudorosas finalmente. Se cebó un mate y reflexionó acerca del contenido del juego, como siempre lo hacía con cada uno que terminaba.

El detalle de la luna me gustó mucho. Fue sutil, pero enlazaba todo el juego, de principio a fin. Aparece referenciada en formas cada vez más obvias. Obviamente el último portal que habría sería en la luna.

El disparo se efectuó desde la Tierra, y tardó unos segundos en llegar a la Luna. ¿A qué distancia estaba uno del otro?

Lo buscó en internet: 384.400 kilómetros. Si quisiera, podría calcular sin problemas la velocidad del arma de portales, considerando la distancia y el tiempo que le tomó llegar de un punto a otro. Pero le interesaba más el concepto de la luna. ¿Por qué insistían tanto en ello? ¿Había algo más que querían decir?

Se puso a buscar datos sobre ello:

En realidad, la Luna no gira en torno a la Tierra, sino que la Tierra y la Luna giran en torno al centro de masas de ambos. Así, mientras la Tierra gira en torno al centro de gravedad del sistema Tierra-Luna, aparece a la vez una fuerza que intenta deformarla, dándole el aspecto de un huevo. Este fenómeno se llama gradiente gravitatorio, el cual produce las mareas.

Suele creerse también que un efecto similar ocurre en el comportamiento de las personas, siendo afectadas por la rotación lunar, esto se le conoce como efecto lunar.^{ix}

Encontró lo último interesante, entonces buscó “efecto lunar”:

El término efecto lunar se refiere a la creencia real o infundada de que existe una correlación entre las etapas específicas del ciclo lunar y ciertas anomalías en la conducta de los seres humanos, anomalías que no pueden ser explicadas por la variación en los niveles de luz. Diversos estudios han examinado el efecto en humanos, demostrando que no hay ninguna razón científica que lo corrobore, pues no se ha podido establecer ningún vínculo significativo entre el ciclo lunar y el comportamiento humano. Sin embargo se ha confirmado científicamente, después de muchísimas especulaciones al respecto, que hay una correlación entre las fases de la luna y los ritmos biológicos del ser humano durante el sueño.

Sergio quería saber más sobre la relación entre los humanos y la luna, así que buscó en la mitología.

La Luna representa el poder femenino, es la Diosa Madre o Reina del Cielo en algunas mitologías. En otras es una deidad masculina.

Los Inca también adoraban a la luna, aparte del Sol (conocido como el dios Inti, a la vez el padre sol). En quechua, significa Coya Raymi o "Quilla", como una principal divinidad femenina y además como la madre luna.

En Bizancio, el símbolo se asoció con su diosa patrona Artemisa, y se utiliza como una representación de las diosas de la Luna en la época grecorromana. Cuando el Imperio otomano conquista Bizancio, gran parte de esta cultura llegó a fusionarse con las de su conquistador musulmán. Con el tiempo el símbolo fue adoptado como una forma de manifestación de identidad religiosa por todo el imperio. Eso provocó que muchos de los países que se formaron luego de la disolución del imperio usaran el símbolo para representar su religión. Tanto así que se volvió un símbolo del islam mundialmente conocido.

En el taoísmo, doctrina filosófica oriental, la luna representa el Yin en el famoso símbolo del Yin y el Yang.

La imagen del Yin y el Yang lo llevó a vincular sus pensamientos con la escuela de artes marciales de Teo. *Le preguntaré después*, decidió.

Contempló el objeto de su curiosidad desde la ventana por un buen rato. Siempre le gustaba saber, indagar, cuestionar.

Si sabes más sobre el mundo, sabes más sobre vos mismo, le dijo una vez su madre. Pero entonces apartó la mirada.

¿Qué significa ese satélite para mí?

El recuerdo de su madre seguía dándole vueltas en la cabeza, como la luna alrededor de la tierra, pero claro, en realidad ambos giran alrededor de un centro. Ese centro debe ser la soledad, porque las noches a Sergio le parecían más que nada solitarias, y todo lo que tenía que ver con ellas también.

En realidad, la soledad no está mal. A veces quiero estar solo. Que me abandonen, eso sí que... me pone triste. Pensar en mi madre me pone triste.

Llegó a la conclusión de que la luna, la noche, su madre, el abandono, todo eso era lo mismo.

Quiero jugar otro juego y dejar de pensar, pensó finalmente.

Manal y Kamila volvían a casa después de cerrar la heladería.

—Tía, tenías razón esta mañana.

—¿En qué parte?

—Soy orgullosa... pero porque necesito serlo. No soy pedante, o al menos no creo serlo. Pero sabés que después de que terminara todo con mi ex, y que se llevara a mi hijo, y después lo de mis abuelos... no tengo nada, y no puedo andar llorando por ahí dando lástima, porque sé que soy más que eso.

—¿Lo sabes realmente?

No, pero si los demás ven esa inseguridad, enseguida lo aprovecharían, pensó para sí, pero prefirió responder:

—También no he hablado mucho con vos porque parece que con vos es lo mismo. A Manal le sorprendió esa declaración.

—¿A qué te refieres sobrina?

—Siempre fuiste muy reservada. Siempre hacés un chiste, o tirás un poema cuando no querés responder algo. Siempre fue así con vos. Lo que quiero decir es... la distancia no la puse solamente yo.

Se quedaron un rato en silencio mientras caminaban.

—¿De verdad piensas eso de mí?

—Si no pensás que es así... no sé, será cosa mía, no pasa nada.

—No, no, mi amor, esperá.

Manal dejó de caminar y tomó sus manos entre las de ella y la miró a los ojos.

—Pido disculpas, no quiero que haya una distancia entre vos y yo, no debería haberla. Sí, también soy orgullosa, no me daba cuenta, pero tienes razón. Lo que necesites de mí, dímelo.

Ambas se abrazaron en la vereda, mientras un auto cuyo conductor era un hombre les gritó una obscenidad.

—Vamos a casa —le dijo Manal a su sobrina. Cuando llegaron, Manal preparó un té para ambas.

—Tengo preguntas —le dijo la más joven.

—Dímelas, no las desviaré ni con sarcasmo ni con mis innumerables encantos.

Kamila sonrió.

—¿Cómo venciste a esos hombres? Realmente no lo vi venir.

Manal fue con las tazas.

—Supongo que a esa me la esperaba. Muy bien, ehm... soy campeona de taekwondo en España.

Manal levantó su pie por encima de su cabeza mientras sostenía todo su peso en la otra, y se mantuvo en esa posición.

—Es... increíble. ¿Desde cuándo? ¿Por qué nunca habías dicho nada? No recuerdo nada de eso cuando era más joven.

—Una pregunta a la vez —bajó la pierna y se sentó—. Lo soy desde que murió mamá. Cuando ella murió, me volví muy vulnerable. No siempre tuve esta confianza conmigo misma, no siempre supe cómo pararme o cómo imponerme, o... tener control sobre mi propio cuerpo. Supongo que, siendo mujer, entenderás a lo que me refiero —declaró con el acento español que tanto hipnotizaba a Kamila.

—No sé a qué te referís.

—¿Ah, no? Dime que no pasa un día donde te sientes pequeña, que estorbas, que todos te juzgan, que comentan en la calle cómo te vistes, que dicen en todo medio habido y por haber que eres fea porque no eres una rubia sensual, que te gritan groserías no solo los hombres en la calle sino, y acá ya adivino, tus propios clientes.

Kamila se quedó callada.

—Sí. Y más... aunque no sé si eso tiene que ver con ser mujer, sino con el autoestima.

—Vamos, como si ser mujer no fuera un constante ataque a la autoestima, después de todo lo que mencioné. Bueno, tomé un poco las riendas de mi propio cuerpo y decidí que quería aprender a defenderme. Una vez que mi cuerpo fue mío, la confianza vino después. Decidí empezar con pa kua y después fui a taekwondo, donde prosperé a pasos agigantados. También hice acrobacias y danza, todo era parte del mismo proceso. Pero es en taekwondo donde sigo siendo excelente.

Tomó un sorbo de su té.

—En cuanto a por qué no te lo he dicho, no lo sé... tengo esta mentalidad que me hace creer que mientras más secretos tengo, más poderosa o misteriosa soy. Mis cosas son mías, ¿sabés? Es mi intimidad. Me siento protegida con eso.

—Lo puedo entender, sí —dijo Kamila, mirando cómo el vapor de su té se formaba en el aire. Ella misma no quería decir ciertas cosas porque eran suyas, y ya demasiado tiempo había sido despojada de su intimidad—. Otra pregunta.

—Dispara.

—¿Porque llegaste tarde aquella noche que me asaltaron?

—Supongo que decir que “estaba ocupada” no sirve. Como sabrás, dirijo una empresa metalúrgica y minera, y trabajo tanto en Argentina, en España, como en otros lugares.

—Esperá, esperá, solo sabía que trabajabas en una empresa así, no tenía idea de que la dirigías.

—Secretos. Bueno... que no te estalle la cabeza aún. Yo fui delegada a ese cargo, la verdadera cabeza de la empresa, la CEO, hace años que no toma parte activa en su funcionamiento. Ella vive acá, en Azurduy, se llama Rebecca Longworth y es una de las razones por las que vine. Me he estado reuniendo con ella, sobre temas relevantes a cómo funciona la empresa.

Kamila se quedó quieta y con los ojos abiertos.

—No me lo creo. Tengo una tía rica que apareció después de años. Es menos original que novela de la tarde. Me hubiera ayudado mucho tenerte cerca todo este tiempo.

Ambas empezaron a reír, a Manal le entró tanto calor que se tuvo que sacar el pañuelo de la cabeza.

—Mi querida sobrina, ¿quién crees que pagó por todo esto?

—¿A qué te referís?

—Donde estás viviendo ahora. ¿Crees que Carlos, mi padrastro, podía conseguir un lugar así, para que puedas alquilar y estar tranquila? Sabía que estaría alejada de mi familia, así que hice varios arreglos para que al menos estén bien y tengan cómo arreglárselas. Tu contador no ha estado pagando los impuestos con la herencia de mis padres, ellos no tenían nada cuando murieron. Siempre, desde las sombras te he cuidado. ¡Sorpresa!

—Yo, ehm... ¿Qué?, ¿es en serio?

—¿Son dos preguntas? A la primera: lo que oíste. A la segunda: sí —respondió Manal, muy satisfecha consigo misma.

—¿Me estás jodiendo? —Kamila se levantó de la silla. Su cara se estaba poniendo roja, y Manal ya no se sentía tan satisfecha.

—¿Qué pasa? ¿No estás agradecida?

—¿Agradecida? ¡Me mintieron toda la vida! ¡Mis padres! ¡Mis abuelos! ¡Mi ex...! Y ahora... ¡vos! ¡No tengo ningún control sobre nada! ¿Por qué carajos no me lo dijiste antes?

—Porque... yo... no me pareció necesario que lo supieras. No quería que pensaras así

de papá y mamá.

—¿Eso te parece lo importante? ¿A eso le das prioridad? Porque claro, lo más importante es tener “lo tuyo” ¿no? Que tus cosas sean tus cosas. ¿Sabés qué no está bueno? Que no es tu decisión porque también es mi vida. ¡Mía! No podés controlar mi vida con la excusa de que es algo tuyo. Eso es ser una cagona, una manipuladora.

—Suficiente —vociferó Manal.

—¡No! Basta. Ahora me toca a mí imponerme, porque estoy harta. Desde que viniste te has creído superior a mí. Todo el mundo se cree superior a mí. Todo el mundo miente u omite cosas porque no quieren admitir lo cagones que son. ¿Me preguntaste si quería tu protección? ¿Creías que porque de repente revelarás “tus cosas” me tenía que sentir agradecida, halagada, complacida? ¿Pensás que podés comprar mi afecto con cosas?

—Te ayudé a vivir, te protegí.

—¡No era tu decisión! Toda mi vida me han dicho que hacer, toda mi vida me han querido proteger, y han hecho precisamente lo opuesto. Han decidido cosas por mí, me han arrebatado cosas. No tenías ninguna necesidad de ir a mis espaldas. Nadie. Decidieron todo por mí sin consultarme que era lo que yo necesitaba. ¿Sabés la falta que me hacía esa plata cuando tenía a mi hijo?, ¿cuando necesité un abogado? Pero claro, no pensaste en eso, porque tus “cosas” eran más importantes. Tus sentimientos importaban más.

—Yo... —Manal empezaba a sentirse débil, como no se había sentido en años—. Yo solo quería ayudarte en lo básico. No quería mantenerte, no quería... no quería —Las lágrimas empezaron a caer—. No quería que fueras una mantenida, que no supieras, o que tu hijo no supiera lo que era el trabajo. Y no... Es verdad, ¿sí? Es verdad, asumí que no hacía falta nada más. Tienes toda la razón. Lo siento muchísimo, sobrina.

Manal intentó acercársele, pero Kamila se sentía atrapada, y las manos de su tía rodeándola solo le daban pánico.

—No, basta... —Kamila suspiró, se llevó una mano a la frente mientras miraba la taza de té. De ella ya no salía vapor, ya no había calidez, todo estaba frío—. Podés pasar la noche acá, pero mañana, quiero que te vayas. Necesito estar lejos de vos.

Los dedos de Manal fueron hacia su boca. Solo pudo ver cómo Kamila iba hacia la habitación de su hijo y cerraba la puerta con llave.

La noche había llegado.

La música de rock inundaba el galpón. Ni bien llegó, notó que todo el lugar olía a tabaco, sudor, cerveza y sangre. La gente gritaba y celebraba.

Para ser una pelea “no oficial” (Gastón prefería usar ese término al verdadero: clandestino) había mucha concurrencia. *Muchas apuestas también, seguro*, pensó. No quería siquiera pensar en que la gente estaría apostando por él. Era su primera vez en ese lugar, pero ya quería salir corriendo.

Pero no me voy a ir.

Él saludaba, sonreía, si pasaba una chica a su lado le susurraba en el oído, si le preguntaban si estaba nervioso él respondía negativamente.

Tengo que hacer esto, se decía a sí mismo ante cada situación. Más que nada deseaba tomar un poco de alcohol, así no pensaría tanto en lo aterrado que estaba.

Solo tengo que esperar a la pelea. Una vez en el ring, nada importará.

Después de interactuar fue a los cambiadores, debía estar preparado para su turno. Se desvistió sin mirar a nadie y se calzó los calzoncillos ajustados, se puso las vendas en las

manos y buscó sus guantes, los guantes que le había regalado su entrenador.

Oyó su nombre por el altavoz. Su estómago básicamente implosionó y dejó de existir.

Hizo la caminata hacia el ring. Era una plataforma tosca, con cuatro postes conectados por cuerdas elásticas, y el piso estaba cubierto con una cuerina blanca. Se veía la sangre de otras peleas en algunas zonas. Debía caminar hacia allí, ser rudo, y entrar al cuadrilátero. Había cámaras también, cuyo flash le dejaban casi ciego.

Entró al ring. Fue a la esquina tras la que estaba su entrenador. Le dijo unas palabras, pero no las entendió bien debido a que su contrincante estaba entrando también. Algo que entre líneas quería decir “Recuerda lo que aprendiste y estarás bien”, o algo así.

Su oponente era un chico rubio, musculoso, lleno de tatuajes y con dos ojos azules que a Gastón le quemaron las inseguridades. Tenía tatuado “Killer” en el pecho.

La exageración, pensó Gastón.

El árbitro llevó los luchadores al centro. En la pelea todo estaba permitido excepto los golpes a los genitales. Terminaría por diferencia de puntos (o sea, quien golpeaba más al otro de forma certera en el cuerpo) o por un knock-out. Duraría tres minutos, y serían tres rondas.

Era costumbre, o una señal de respeto, que ambos luchadores chocaran sus guantes, como quien choca los cinco con alguien. Pero ninguno mostró intenciones de hacerlo.

Gastón pensó *Quiero irme a casa*, pero inmediatamente sonó la campana dando comienzo a la pelea.

Su oponente no perdió tiempo y saltó hacia él con la rodilla hacia delante. Gastón trató de frenarlo con los brazos, pero la fuerza lo empujó hacia atrás, haciéndole perder el equilibrio. “Killer” se le abalanzó, pero él tiró una patada hacia su pecho y este retrocedió.

Logró estabilizarse, pero el otro ya estaba acercándosele tirando golpes con sus puños. Él se defendió, sin moverse del lugar. En un momento “Killer” disparó una patada hacia su rodilla y él cayó arrodillado. Al segundo siguiente, le lanzó un gancho desde abajo hacia arriba, impactando de lleno en su nariz.

Gastón quedó aturdido y en completo descontrol. Le ardía la nariz intensamente, le lloraban los ojos y estaba tumbado de espaldas al suelo. Sabía que vendría por él. Proyectó patadas al aire pero su oponente logró agarrar una de sus piernas, envolviéndolas con un brazo y haciendo presión sobre la rodilla.

Me va a romper la pierna, pensó. Así que con la pierna que tenía libre, hizo un golpe apuntando con su talón hacia alguna parte del cuerpo de “Killer”, solo esperando que diera contra algo. Logró golpearlo en el brazo, lo que hizo que pudiera recuperar su pierna.

Giró hacia atrás sobre sí mismo y se levantó mientras daba un puñetazo. “Killer”, sin embargo, se defendió con los brazos mientras lanzaba una patada de costado, con el objetivo de golpearlo con el empeine, y Gastón lo vio venir, pero no llegó a defenderse. Le golpeó directo en la cara.

—¡Un minuto! —gritó el árbitro.

Concentrate, pensó él.

“Killer” se acercaba a él girando sobre sí para atacar con la otra pierna. Gastón se plantó en su lugar y defendió sus costillas con los brazos. Un talón golpeó su mano. Su oponente dio otra vuelta en dirección contraria, y golpeó directamente al otro lado de sus costillas, que habían quedado desprotegidas. Gastón se dobló un poco del dolor y de la sorpresa, el tiempo suficiente como para que “Killer”, aprovechando la inercia del movimiento, diera un giro más hacia él y le golpeará intensamente con el puño en un ojo.

Después de eso Gastón despertó en los vestidores. La luz blanca y brillante lo enceguecía. Le habían puesto hielo en un ojo, el cual sintió como si fuera cincuenta veces su tamaño normal. También le ardía la nariz y sentía las costillas doloridas.

¿Dónde estoy? ¿Qué pasó?

Y de repente se dio cuenta. Había perdido.

—¿Estás llorando? —le preguntó alguien a su lado.

—No, me arden los ojos —mintió.

Después de media hora, Gastón le dijo a su entrenador que quería irse.

—Sí, sí, dame unos minutos —le respondió este.

Pobre Darío, seguro apostó a mi favor y lo decepcioné, pensaba una y otra vez.

Había entrenado incansablemente para aquello. Desde que salieron del galpón hasta llegar al gimnasio con su entrenador, solo pensaba en cuáles habían sido sus errores. No quería preguntarle a su entrenador, quería averiguarlo por su cuenta.

—Tranquilo, habrá otra oportunidad. Hablaré con Teo y puliremos un poco más tu entrenamiento. Recuerda que de los fracasos se aprende —le dijo Darío, mientras iban en el auto. La pelea ya había quedado atrás.

—¿Teo? ¿Por qué? —le preguntó Gastón a su entrenador.

—Y... te quedaste muy quieto y perdiste mucho el equilibrio. Debí haberlo visto. Aún te faltaba.

Mierda, ahora se culpa a sí mismo. No, yo soy el culpable. Es verdad. No me moví. El venía hacia mí todo el tiempo y solo me quedaba ahí, quieto. Como una piedra. Como una piedra idiota.

—¿Querés que te lleve a tu casa? —le preguntó su entrenador.

Gastón no quería enfrentar a su padre. No por el momento. Se sentía pequeño y débil.

—¿Te molestaría si me quedo en el gimnasio otra vez?

—Para nada.

Llegaron al gimnasio. Era medianoche ya, la luna estaba tan brillante como las luces del galpón. Gastón entró rápidamente, atravesó la penumbra y se acostó en el sofá que había en la oficina. Darío le trajo más hielo envuelto en una bolsa de plástico.

—¿Tenés hambre? Voy a encargar unas pizzas.

—Por favor —le respondió Gastón.

El delivery llegó después de unos minutos. A pesar de que cada mordida era una tortura, el sabor era excelente, y terminó una pizza entera. En cambio, su entrenador se comió apenas tres porciones. Las penas de Gastón se iban con cada porción y con cada cerveza. Su entrenador lo hizo sentirse mejor contándole sus anécdotas de cuando peleaba, y luego de cómo armó su propio gimnasio.

—Era parte de un grupo, éramos todos luchadores. Después de un tiempo nos fuimos retirando de todo eso, a veces nos ponemos en contacto... es curioso, después de tantos años, seguimos con una especie de fuego en nuestro interior —Darío contaba su historia mientras comía—. Algunos se dedicaron a otras cosas, yo me dediqué a poner un gimnasio y a entrenar a otros chicos. Espero que algún día un luchador mío, quizás vos, ¿quién sabe?, pueda luchar en un campeonato internacional de MMA, eso me gustaría. Pero aún falta tiempo, y plata, viste.

Ya eran las tres de la mañana, ambos estaban exhaustos.

—Mirá, te dejo descansar, ¿eh, pibe? —dijo Darío. Vivía ahí, tenía una suerte de mono-ambiente en un piso superior del galpón—. Cualquier cosa, no dudes en...

El ruido de un auto frenando de golpe lo interrumpió, y se puso muy serio.

—Quedate acá y no hagas ruido.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Hacé caso, carajo —le contestó tajantemente su entrenador.

Una bocina de auto comenzó a sonar repetidamente.

Darío salió de la oficina, atravesó la penumbra del gimnasio y salió por la puerta, cerrándola tras de sí.

Gastón se quedó en silencio. No escuchaba nada y se preguntaba qué estaba sucediendo.

Decidió levantarse y averiguarlo. A oscuras se movió con mucho cuidado hacia una de las ventanas cercana a la puerta. Una luz blanca atravesaba el cristal, debía proceder del auto. Aunque se asomara no podría ver nada de todos modos, ya que la luz le daría de lleno.

Trató de aguzar el oído.

—Esperá, te juro que te voy a pagar —escuchó decir a Darío.

—Te dimos muchas oportunidades ya, dijiste que tu chico iba a ganar y que ibas a tener la plata. Y mirá, perdiste. El tiempo se te acabó —respondió otra voz, parecía venir de un hombre viejo.

—Pero el gimnasio...

—El lugar te lo di yo, por si te olvidaste —interrumpió la misma voz.

—Por favor, si me... —Darío fue interrumpido por un sonido explosivo. Ensordecedor.

¡Le dispararon! Gastón se tapó la boca. Las piernas le comenzaron a temblar, los ojos se le humedecieron. Trató de quedarse inmóvil, sin emitir sonido.

La luz que atravesaba la ventana desapareció.

Cuando Gastón se atrevió a asomarse, levemente, por la ventana, no sabía si habían pasado minutos u horas. No había nadie, excepto una figura tirada en el piso.

¡Darío!

Salió del gimnasio, miró hacia la calle, y no vio nada. Fue hacia su entrenador, que yacía en el piso. Tenía los ojos abiertos y respiraba dificultosamente. Tenía una mancha de sangre enorme en el pecho y en el cuello.

Estaba vivo aún.

—Darío, esperá... Tranquilo, tranquilo.

Mientras sacaba su celular frenéticamente, Darío miraba directo hacia arriba. Hacia la luna. Y después no vio nada más.

-
- ⁱ Según la cultura china, el *chi* es la energía vital que mueve a todo el organismo.
- ⁱⁱ Ejercicio en el que principalmente se utilizan las manos con el fin de desequilibrar al oponente. Es una forma de medir qué tan estable está el compañero de práctica.
- ⁱⁱⁱ Tipo de arma blanca arrojada, similar a un proyectil. Es originaria del Japón medieval. Posee una gran variedad de formas y estilos, pero el más usual es en forma de estrella, con filos cortantes y de un tamaño lo bastante pequeño como para ocultarlo con facilidad.
- ^{iv} Mixed Martial Arts (Artes Marciales Mixtas). Es un deporte competitivo de combate.
- ^v Significa «combate libre». Es la modalidad deportiva y competitiva del kung fu.
- ^{vi} Significa «arte marcial». Es un término más preciso que kung fu (de uso muy extendido), que puede referirse tanto a “arte marcial” en sí como a “habilidad”.
- ^{vii} Fragmento extraído de *Portal 2* (2011).
- ^{viii} Ídem nota al pie VIII.
- ^{ix} Fragmento extraído del artículo “Luna”, Wikipedia: <https://es.wikipedia.org/wiki/Luna>